
El VENGADOR
3 PTAS
BORNÉ
EL RASTRO SANGRIENTO
por FIDEL PRADO



Núm. 5

El Rastro Sangriento

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cies ~ Vigo

TITULOS PUBLICADOS

1. **Juramento cumplido.**
2. **Jak, el Zurdo.**
3. **La presa trágica.**
4. **Un sheriff a la medida.**
5. **El rastro sangriento.**

PROXIMO TITULO

El jinete fantasma.

PRIMERA EDICIÓN 1945

Impreso en España *Printed in Spain*

EL RASTRO SANGRIENTO

por Fidel Prado

CAPÍTULO I

SANGRE EN LA NIEVE



SOL King, «el Vengador», caminaba al trote lento de su caballo por un paisaje triste y deprimente, que la nieve hacía más angustioso aún.

Diciembre se mostraba pleno de rigor. Un viento agudo como un cuchillo venía soplándole de espaldas desde que muchos días atrás dejase el Norte Salt Lake City, para emprender un camino largo y pesado siguiendo paralela la línea del Sud Pacific, y la nieve que había empezado a caer lenta, pero pertinaz, desde que cruzara por los montes Tintic, había alfombrado su camino de manera tozuda, amenazando con no permitirle divisar una brizna de hierba hasta que alcanzase el Llano Escalante, próximo al rincón de Utah donde

viera la luz primera.

Sol, tras haber resuelto algunos asuntos terribles en diversos lugares del Oeste, sintió un día el aguijón de volver, siquiera fuese para tomarse un descanso, al pequeño y riente pueblo donde había sido tan feliz hasta la muerte de su padre, y sin saber por qué, guiado por un impulso irrefrenable propio de su carácter decidido, tomó el camino más corto desde el Norte de Utah y se dirigió hacia Pine, añorando volver a contemplar unos ojos negros y profundos que un día dejaran huella en su ánimo y que de manera muda, pero elocuente, le hicieron una promesa de amor que estaba seguro de merecer algún día, cuando diese por conclusa la misión que se había impuesto cumpliendo el juramento que hiciese ante la tumba de su padre.

Dos o tres años se había impuesto como plazo para sentir satisfechas sus ansias de venganza. No era mucho, pero ahora, al ponderar que solamente llevaba unos meses entregado a la justiciera tarea, miraba el porvenir y le parecía que los inviernos no transcurrirían nunca y que el día que finalizase el plazo fatal, quizá la linda joven que le prometiera esperar le hubiese dado al olvido, matando en él el último resto de dicha y alegría que albergaba su alma.

No renunciaba a cumplir su promesa, pero quería volver a contemplar a la muchacha, reiterarle que seguía amándola intensamente, aunque solamente se lo había dicho un día con los ojos; reavivar en ella el recuerdo quizá dormido y, tras un breve descanso, volver a rodar por el Oeste, con el revólver presto a salir de la funda y el ansia insatisfecha de justicia inapelable cumplida para siempre.

Encogido de frío, bien recubierto con su recia manta de lana y protegido del agua y la lluvia por el brillante encerado que recubría la manta, seguía caminando por aquel triste paisaje, que sólo presentaba a sus ojos líneas sinuosas de montes vestidos de blanco, y la sábana tersa, endurecida por la helada, que se dilataba millas y millas hacia el Sur, como si el mundo se hubiese helado de polo a polo.

Llevaba recorridas casi tres partes de jomada cuando bordeó el macizo montañoso de Berver River Range cuyo río, después de lamer las faldas de la montaña, se desviaba hacia el interior, siguiendo paralela la línea del ferrocarril hasta un punto más abajo de Milford, donde formaba una curva perfecta que, en dirección Este, iba a morir a las montañas de Black Rock.

Dentro de este círculo quedaban encerrados Zenda, un pequeño poblado que iba buscando desde el día anterior, y más abajo, Milford, población más grande y populosa, por estar situada junto a

la línea férrea. Desde allí, cruzando el Beaver, saldría a la llanura para alcanzar el Valle Escalante y encontrarse de nuevo en la tierra amada.

La tarde iba muriendo lentamente y Sol se mostraba contrariado por no haber dado vista aún a Zenda, donde pensaba tomarse un buen descanso antes de continuar la ruta. Por fin, entre las sombras crepusculares, divisó al desembocar por entre una ancha cortada que partía el llano, un conglomerado de casitas fantasmales envueltas en el blanco sudario de la nieve.

Esta había dejado de caer hacía algunas horas, pero la enorme masa vertida sobre la tierra y la dura helada que persistía con agudeza, formaban una decoración blanca y desolada que todo lo envolvía.

«Stard», adivinando que habían llegado a la meta de aquel día y que le aguardaba un buen pienso y un caliente refugio, aceleró el paso, y poco después penetraban en la calle principal, un estrecho paso abierto entre dos hileras de bajos y pequeños edificios, cuyo vano no se mostraba tan terso y endurecido como la llanura.

Allí la nieve chapoteada por los cascos de las caballerías y las altas botas de los vaqueros se había convertido en un espeso barrizal, en el que las patas del caballo se hundían con ruido, salpicando el barro a derecha e izquierda, y Sol buscó con la vista dónde apearse, hasta que descubrió en el centro de la calle un edificio con un cartel pintado con rabioso almagre, en el que anunciaba la existencia de una posada, que a la par era también taberna.

El edificio era bajo y largo. La puerta se abría en el centro, y a cada lado dos ventanas cubiertas de sucios cristales daban a la fangosa vía, y por los vanos se escapaba el rojizo resplandor de la luz de los quinqués de petróleo.

Sol acercó el caballo al sombrajo de palos con techumbre de cañizo que servía de porche y acera, y después de trabar a «Stard» a uno de los largueros, junto a otros caballos que esperaban pacientes y tiritones, penetró en la taberna, bastante concurrida a tales horas.

Antes sacudió la manta y el encerado para desparramar el hielo que las cubrían, y luego, acercándose al mostrador pidió un buen vaso de *whisky* para calentar el estómago. Distraídamente, echó un vistazo en derredor. Vaqueros, granjeros, gente de labranza ocupaban las mesas, voceando ruidosamente ante los vasos de estaño o los sucios naipes que manejaban. Algunos bebían en silencio y todos parecían gente pacífica del poblado.

Había recorrido distraídamente todo el cuadro cuando sus ojos se fijaron de modo inconsciente en un individuo alto y recio, que, sentado en un lado del establecimiento, precisamente junto a una

de las ventanas que daban a la calle, parecía contemplar con insistencia lo que sucedía a la parte de fuera.

Estaba solo, y Sol no pudo descubrir sus facciones porque se sentaba de espaldas a él y además tenía el sombrero inclinado hacia los ojos.

Lo único que pudo observar en él fueron unas espaldas anchas, un pañuelo rojo atado al cuello, una camisa a cuadros verdes y una chaqueta de cuero rojizo.

Tras este examen superficial, sin objeto determinado, Sol hizo un movimiento como para sacudirse el frio qué entumecía los huesos y, encarándose con el tabernero, preguntó:

—¿Tiene usted albergue para mí esta noche?

—Desde luego que sí. Con este tiempo de perros no son muchos los viajeros que pasan por aquí. ¿Viene usted de muy lejos?

—De Salt Lake City.

—¡Ya es un viaje, forastero! Como le quede a usted otro tanto, va a llegar convertido en un carámbano.

—Aún me quedan millas. Voy a la divisoria.

—Mal tiempo para viajar a caballo. Yo prefiero el ferrocarril.

—Mi montura no aguanta el encierro en los vagones. Además, es más distraído y no llevo prisa.

Apuró su vaso y luego preguntó:

—¿No es Milford el pueblo más cercano?

—Sí. Unas veinticinco millas al Sur.

—Es bastante. ¿No hay lugar donde hacer alto en el trayecto?

—Posiblemente. A poco más de mitad de camino, siguiendo una senda que hay a la derecha junto a los montes, existe, un rancho, el «Cajón Cuadrado», donde no le negarán un buen plato de patatas guisadas y calientes. El dueño, Cecil Roos, goza fama de ser hombre acogedor.

—¿Le conoce usted?

—Personalmente, no. Pero su nombre es popular en toda la comarca.

—Gracias por los informes. Usaré de su hidalguía y le pediré ese exquisito plato de patatas guisadas. Con algo así, caliente, no me será muy costoso llegar por la noche a Milford. Póngame otro vaso de *whisky*, y cuando quiera indíqueme mi habitación.

Sol continuó un momento de pie en el mostrador, apurando la revulsiva bebida, y como se hallaba vuelto de espaldas no pudo darse cuenta de que durante su breve diálogo con el tabernero el misterioso cliente que permanecía junto a la ventana había vuelto el rostro con brusquedad al oír hablar del rancho «Cajón Cuadrado», y había seguido con curioso interés toda la conversación.

Cuando Sol enmudeció, el cliente volvió de nuevo el rostro,

pegándole a los empañados cristales y pareció no ocuparse más del recién llegado.

El tabernero llamó a uno de sus mozos, dándole orden de hacerse cargo del caballo de Sol y guiar a éste a su habitación, y «el Vengador», dominado por el cansancio, siguió al mozo sin preocuparse de más.

No habrían pasado cinco minutos de su salida cuando por la enchapotada calle avanzó ruidosamente un caballo, pateando en el barro y a paso lento cruzó por delante de la taberna sin detenerse.

El cliente que atisbaba la calle bajó aún más las alas de su sombrero, pegando el rostro al cristal, y apenas el jinete había desaparecido por la parte baja de la calle, se levantó, torció su manta al cuello, ocultando casi todo el rostro y echando una moneda sobre el estaño del mostrador abandonó el establecimiento, desapareciendo de él.

El tabernero no hizo aprecio del cliente ni de sus precauciones. Hacía frío y era lógico que, al salir de un lugar relativamente cálido, se previniese contra el cierzo de la noche.

* * *

Sol durmió plácidamente, bien arrebujado en las mantas que el posadero le proporcionara, y cuando ya el día había roto, tan triste y plomizo como los anteriores, abandonó el lecho y se dispuso a partir.

No nevaba, pero el frío era intenso y el cielo se mostraba duro y encapotado.

El joven ingirió un buen desayuno de jamón frito y café bien caliente y, tras de abonar el gasto emprendió la ruta, ansioso de llegar a Milford aquella misma noche.

El paisaje ahora se mostraba menos llano y fácil que durante las anteriores etapas. La cadena montañosa del Black Bock, que se extendía hasta Laho, en la curva del río, trazaba un camino obligado entre sus cortes sinuosos, y Sol seguía la senda común, machacada por el paso de los nativos de la región, como la más cómoda y menos aventurada.

Ariscas alturas coronadas de nieve, en cuyas laderas crecían los pinos en una inclinación que parecían que iban a desprenderse al llano, iban marcando el camino en curvas y desniveles pronunciados y el piso, duro como roca a causa de la helada, parecía un río petrificado encajonado entre los farallones.

Poco antes de mediar el día, los montes se retiraron a los lados, dejando paso a un camino llano y ancho que se alargaba en

pendiente, y por este detalle, que el posadero le había indicado, comprendió que no se hallaba lejos de la senda que conducía al rancho «Cajón Cuadrado».

Para no extraviarse y dejarla atrás, se ciñó al lado derecho, avanzando con precaución. Le habían advertido que la senda se marcaba por una doble hilera de pinos que subían por una ladera hasta alcanzar la parte alta, junto a una cortada que no debía despreciarse, por resultar peligrosa, ya que se abría paralela a la senda en su nueva ruta hacia el rancho.

Caminaba en aquella dirección cuando algo le hizo fijar la mirada en la blanca sábana que se dilataba tersa y monótona. Su blancura aparecía rota rectamente a la senda por unas manchas oscuras, ligeramente distanciadas, y Sol se dijo que alguien había pasado por allí a caballo.

No le extrañó el caso. En aquel lado la nieve sin mancillar se mostraba blanda, mientras que por el camino que había seguido hasta entonces su dureza de cristal impedía dejar impresa huella alguna.

Se acercó curiosamente y de pronto palideció. Algo que acababa de descubrir le hablaba de una tragedia misteriosa allí desarrollada, donde seguramente no habían existido más testigos que los protagonistas.

Las huellas de los cascos de los caballos empezaban a producirse en la parte donde la nieve perdía consistencia, y, por la posición, los caballos habían galopado a todo trote, pues el rastro se marcaba bastante distanciado. Pero algunos metros más allá la nieve aparecía hollada en una gran extensión, dando la sensación de que un cuerpo hubiese caído sobre ella pesadamente, y a partir de allí la huella era una estrecha senda, como si el caído se hubiese arrastrado penosamente, fallo de fuerzas para incorporarse.

Aún más; el rastro estaba teñido de unas manchas rojizas que sólo podían ser de sangre.

Sol, alarmado, siguió estudiando aquel blanco y mudo libro que le hablaba con claridad prístina. Era indudable que alguien había sido atacado al enfilar la senda que conducía al rancho, y una vez abatido, el herido, penosamente, se había arrastrado por la nieve, tratando de continuar su camino.

Cada vez más intrigado por el misterio, siguió el rastro en el que se marcaban confusas las huellas de los cascos de dos caballos, hasta que algo le obligó a detenerse. Casi en la cima de la pendiente acababa de descubrir, sobre la blancura del piso, un objeto negro que atrajo su atención.

Acercándose, lo tomó entre sus manos, descubriendo que era una ancha cartera, y lleno de esperanza la abrió, seguro de

encontrar en ella algún papel que diese luz sobre la persona del atacado.

Más, con gran sorpresa suya, solamente encontró en el interior varios billetes, hasta sumar cien dólares, pero ningún papel o documentos que le pusiese sobre la pista del herido.

El caso le extrañó. Encontrar dinero y no documentos era lo contrario a la lógica, pues lo natural hubiese sido que, de tratarse de un crimen, hubiese encontrado documentos y no dinero.

Se guardó la cartera como pieza de convicción en caso preciso y continuó registrando el camino hasta llegar a la cima.

Allí sufrió una decepción. El rastro moría precisamente al borde de la cortada y ya no se descubrían más huellas que le pudiesen orientar.

Para Sol no existía duda alguna en suponer que el cuerpo del herido había caído en aquella sima; pero ¿cómo? ¿Arrojado a ella violentamente o deslizado sin darse cuenta en las ansias de la muerte?

Intrigado recorrió los alrededores buscando nuevas huellas que le orientasen; pero solamente descubrió algunas de caballo al borde de la barranca, entre una maraña de zarzales salvajes que crecían al borde.

Su preocupación era descubrir por dónde había desaparecido el caballo del herido y el del agresor. Cabía la posibilidad de que éste, con ambos caballos, hubiese retrocedido a tomar el camino endurecido que él había seguido hasta descubrir las huellas, y huir después, borrando todo rastro que pudiese denunciarle.

En lugar de retroceder, bordeó la sima alcanzando de nuevo la senda que continuaba en línea recta paralela a la cortada, con dirección al rancho, y allí quedó desilusionado al observar que la nieve reblandecida a causa de un continuo cruzar, acusaba muchas huellas, pero imposible de asegurar si eran recientes o antiguas, ya que los puches formados por la nieve medio derretida no permitían ningún análisis.

Después de perder mucho tiempo en realizar investigaciones que nada le aclararon, decidió dirigirse al rancho.

Este era la construcción más cercana que existía por aquellos alrededores, y únicamente allí podían darle alguna luz sobre el suceso si no estaban tan ignorantes como él de lo ocurrido.

Montó nuevamente sobre «Stard» y enfiló la senda, que seguía ascendiendo, para luego hundirse suavemente hacia el fondo de un llano, donde al final y al amparo de unas depresiones se erguía el rancho.

La distancia, desde el lugar donde se había desarrollado el suceso hasta la hacienda, era de un par de millas y Sol presumió

lógicamente que desde la hacienda no podían haber captado el ruido de las detonaciones, en el caso de que el herido lo hubiese sido por bala, aparte de que con la nieve el eco se amortigua grandemente.

Siguió descendiendo lentamente, para que el caballo no resbalase por la senda, y por fin, alcanzó la parte llana, enfrentándose con el rancho.

Era una construcción amplia, rodeada de una larga empalizada de madera, con una puerta en el centro. El edificio principal, levantado con madera de abeto amarilla, se erguía graciosamente rodeado de cobertizos, y por la parte trasera se expandía el terreno dedicado a pastos, cerrado por una alambrada de espino.

Sol se detuvo ante la puerta y, apeándose del caballo, llamó.

Poco después se abría la ancha hoja, y un vaquero cojo que tenía media pierna de palo, sonrió expresivamente al enfrentarse con el viajero.

—Pase, forastero. Hace mucho frío y no es grato quedarse a la ventisca.

Sol atravesó el vano, pasando al patio en unión de su caballo, y el peón preguntó:

—¿Viene a algo determinado, o solamente es un viajero de paso?

Sol, gratamente sorprendido por la acogida, repuso:

—En realidad, venía de paso. Me dijeron que aquí se podía calentar el estómago con un buen guiso de patatas y me he querido acoger a la galantería del dueño: pero si éste se encontrase en el rancho me alegraría hablar con él.

—El señor Cecil no está en este momento, aunque no creemos que tarde. Marchó hace unos días a Zenda, donde ha vendido una buena punta de ganado, y no tardará. Claro es que para el caso es lo mismo. Está su hijo Warren y su cuñado Mark Tadder. Si desea usted hablar con alguno de ellos...

—Bueno; si es usted tan amable que me facilite un plato de ese guisado que huele tan bien, se lo agradeceré en primer término. Tengo el estómago más frío que la estepa y lo otro puede aguardar.

—Pues pase, forastero. Ahí enfrente está el comedor. Siéntese, que en seguida le sirvo.

Sol pasó al cobertizo destinado a los *cowboys*, en el que una larguísima mesa de tosco pino decía del número de hombres que comían el pan en aquel rancho, y se sentó.

Cinco minutos más tarde el cojo aparecía con un humeante plato de patatas guisadas con ternera y una gran torta de maíz. También portaba unas lonchas de tocino frito, vino y fruta.

Mientras devoraba el guisado, Sol preguntó:

—¿Transita mucha gente por aquí?

—Poquísima. Este rancho no está en camino de nada. Hay que venir exprofesamente a él.

—¿No habita nadie más alrededor?

—No. Todos los ranchos vecinos caen al otro lado de la ancha senda por la que habrá venido. El patrón es propietario de toda esta parte de terreno y no le gustan las vecindades.

El cocinero desapareció y cuando Sol había dado fin a la humeante comida, volvió para decir:

—El señor Roos, hijo, dice que tendrá mucho gusto en recibirle. Acompáñeme a verle, forastero.

Y ambos abandonaron el comedor, regresando al patio.

CAPÍTULO II

LA PRUEBA DEL CRIMEN



L cojo señaló la pequeña puerta que conducía al interior del rancho. Esta aparecía cerrada por un tinglado de hierro, a cuyos tubos se ceñía el esqueleto de una parra, que en verano debía sombrear el porche, y pasando por el vano oscuro, a causa de la poca claridad del día, ascendieron por una escalera pina que conducía al piso superior.

Cuando alcanzaban el rellano llegó hasta ellos el rudo aporrear de la puerta de la cerca y una algarabía ensordecedora, y el cojo, señalando una puerta a la derecha, dijo:

—Allí es; puede usted pasar. Yo voy a abrir a, esos demonios de *cowboys* que vendrán a comer con más hambre que un novillo extraviado en el desierto.

Descendió marcando sonoramente las pisadas de su pata de palo, y Sol, alcanzando la puerta indicada, llamó.

Una voz varonil de acento agradable, ordenó:

—¡Adelante, forastero!

Sol empujó la hoja de la puerta y se encontró en un despacho bien amueblado, tras cuya mesa se encontraba un joven alto y vigoroso, de grandes ojos negros y piel bronceada. Se hallaba en mangas de camisa debido al calor que irradiaba una gran chimenea de piedra cargada de leños, y a la cintura lucía un enorme *colt*.

Sentado a un lado de la mesa se encontraba un individuo de unos cuarenta y ocho años, cetrino de rostro, duro de ojos, con el pelo crespo y la barba áspera y no recién afeitada. Tenía un mentón muy saliente y unas enormes orejas que se abrían de frente, dando a su rostro un aspecto raro.

Sol fijó mucho su mirada en él, extrañándole en particular las moradas ojeras que circundaban sus ojos, dándole el aspecto de un hombre cansado; pero el individuo, extático, con la negra pipa entre los dientes, apenas si hizo aprecio del visitante, quizá por estar acostumbrado a recibir muchos marchantes, o porque le molestara

que les hubiesen interrumpido en su trabajo.

El joven animó a Sol, diciendo:

—Sea usted bienvenido a este rancho, forastero. Me han dicho que ha mostrado usted interés en hablar con mi padre.

—Así era, pero…

—Si el asunto no es personal —interrumpió el joven—, yo soy su hijo Warren y, como supondrá, quien le representa en su ausencia, y éste es mi tío Mark Tadder, hermano de mi madre.

—Es para mí un placer conocerles—afirmó Sol—; realmente el asunto ni es personal ni siquiera sé si tiene algún interés para ustedes; pero, por si acaso, me he tomado la libertad de molestarle para darle cuenta de él.

—Perfectamente. Siéntese y fume. Hace un frío de todos los diablos y estará usted aterido.

—Ya no, gracias al excelente guiso que me ha proporcionado su amable cocinero. Me advirtieron en Zenda que eran ustedes muy hospitalarios para el viajero que cruza estas soledades y abusé de los informes.

—No hay abuso, señor…

—Sol King es mi nombre. Me había olvidado de presentarme.

—Pues bien, señor King; rendimos culto a la tradición del Oeste y jamás se le niega a nadie comida y cobijo. No nos dé las gracias, pues no es usted una excepción.

—Bien; pues agradeciendo la acogida voy a informar a ustedes del motivo que me obligó a molestarles. Cuando me desvié del camino general para seguir la senda que conduce al rancho observé que al empezar dicho paso se marcaban en la nieve pisadas de caballo. Esto no tenía nada de particular, porque allí la nieve estaba blanda y en el camino general se encuentra endurecida como piedra. Al seguir las pisadas descubrí un hoyo en la nieve como si un cuerpo hubiese caído en ella, y con gran asombro descubrí también que la nieve se hallaba manchada de sangre.

Al oír estas palabras, tanto el joven como su tío, se envararon, mirando con profunda atención al viajero. Warren inició un gesto de asombro y su tío endureció los rasgos, de por sí duros, de su cara.

—Si—añadió Sol—, e intrigado por el descubrimiento seguí las huellas, tratando de estudiarlas, a ver sí por ellas podía adivinar algo de lo sucedido. No creo equivocarme si afirmo que alguien fue herido y tirado del caballo. El herido, por el surco que luego continuaba en la nieve, debió arrastrarse penosamente por ella hasta alcanzar la parte llana junto al declive de la sima que la bordea; pero lo extraño y chocante es que las huellas morían al corte de la sima. Desde allí me fue imposible localizar un solo paso

de los dos caballos que habían dejado señales en la nieve, ni del cuerpo del que, indudablemente, fue herido.

Warren, un tanto nervioso, preguntó:

—¿Está usted seguro de todo lo que dice? Es muy extraña la historia, señor King.

—No lo niego, señor Roos —afirmó Sol—; pero es tan cierta como que usted y yo estamos frente a frente.

—No pongo en duda sus palabras — replicó apresuradamente Warren—; es que el suceso no puede resultar más misterioso. ¿Cómo han podido desaparecer las huellas de los jinetes y del herido, si lo hubo? No creo que hombres y caballos se hayan arrojado a la sima. ¡Sería absurdo!

—En efecto. No conozco estos lugares e ignoro si hay forma de borrar los rastros desde esa cortada; por ello me inclino a creer que el agresor debió volver sobre sus pasos y escapar por la llanura helada o...

—¿O qué?—preguntó Warren intrigado.

—O encontrar la forma de alcanzar de nuevo la senda que se dirige a este rancho. A veinte pasos del lugar del suceso la senda es un barrizal, donde las huellas mueren. No hay otra explicación.

Mark, que había escuchado en silencio la narración, intervino para decir:

—Espero que no insinúe que el fantástico criminal que señala esté aquí refugiado.

Sol le miró glacialmente y repuso:

—Señor Tadder, creo que es Usted demasiado suspicaz en sus apreciaciones. Señalo hipótesis, no acuso a nadie.

—Nadie se lo discute; pero ¿quién puede asegurar que no se haya usted alucinado con algo ajeno a lo que piensa? Aquí no falta nadie, ni ha llegado nadie extraño al rancho, ni nadie se ha movido de aquí, y siendo éste un lugar de escaso tránsito, resulta todo chocante. Ni siquiera hay pruebas de que en realidad hayan herido a nadie.

—¿Y la sangre que yo descubrí en la nieve?

—Puede ser de algún caballo que al escurrirse en la nieve se haya herido, dejando ese rastro.

—Podría ser; pero, ¿conoce usted algún caballo que use cartera?

—No le entiendo—replicó Mark, poniéndose en pie y adelantándose a él.

—Digo que un caballo no usa cartera y guarda en ella billetes por valor de cien dólares. Sin embargo, yo he encontrado junto a las huellas una cartera conteniendo esa cantidad, aunque sin documento alguno que identifique al propietario.

—¿Nos la deja examinar?—preguntó Warren nervioso—. Quizá

pudiéramos reconocerla si pertenece a alguien que frecuente este rancho.

Sol llevó la mano al bolsillo y extrajo la cartera, colocándola sobre la mesa. Warren clavó los ojos en ella y, palideciendo horriblemente, gritó:

—¡Santo Dios! ¡La cartera de mi padre!

Mark se acercó a la mesa contemplando el fatal adminículo y, durante un momento, reinó en el despacho un silencio ominoso. Sol era el primer sorprendido con la revelación, pues todo lo hubiese supuesto menos que la suerte le llevase a ser el descubridor de la identidad del desaparecido por medios tan espectaculares.

Rehaciéndose, preguntó:

—¿Está usted seguro señor Roos? Lamento haber sido involuntariamente tan brusco al ponerle en antecedentes de una posible desgracia.

Warren, con el rostro desencajado y la voz estrangulada, balbuceó:

—¡Oh, no puede ser...! ¡Su cartera…! ¡Y sin documento ninguno, cuando los llevaba a montones...! ¡Y con cien dólares, cuando debía contener treinta mil...!

Sol, en cuyo cerebro empezaban a germinar encontradas sospechas, preguntó:

—¿Qué explicación encuentra usted a esto? ¿Cómo, si la agresión obedeció a un intento de robo, dejaron este dinero y se llevaron el resto, y por qué abandonar la cartera que constituía una pista, haciendo desaparecer en cambio la documentación? ¿No es muy misterioso todo esto?

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Warren exaltado.

—Nada en concreto; pero afinando el pensamiento se me ocurre pensar que esto no es un hecho casual, sino algo diabólico, que de poderlo aclarar se sabrían muchas cosas. La cartera no quedó allí abandonada casualmente; el criminal la hubiese visto sobre la nieve, como la vi yo y, sin embargo, la dejó bien a la vista. Si se preocupó de hacer desaparecer los documentos, no pudo dejar de ver que quedaban cien dólares en la cartera y, sin embargo, renunció a ellos y los dejó allí... ¿Por qué todo esto?

Warren iba a decir algo; pero su tío, adelantándose a él, con la mano apoyada en la culata del revólver, se acercó a Sol, diciendo fríamente:

—Mire, forastero: creo que el cuento con que nos ha venido es mucho cuento para tomarlo en serio... Usted es un desconocido aquí... De repente se presenta apartándose de su ruta pretextando solicitar un poco de alimento y muestra deseos de hablar con el dueño para contarle esa historia de las huellas y presentar la

cartera... y yo que soy un hombre muy corrido, no creo una palabra de cuanto nos ha relatado.

Sol apretó los dientes y, mirando con ojos desafiantes a Mark, exclamó:

—Termine de expresar sus pensamientos. Le escucho.

Mark se envaró y, sin sentirse amedrentado, repuso:

—Se lo diré, porque no crea que me asusta usted. Mi idea es ésta: usted ha matado o herido y hecho desaparecer a mí cuñado Cecil para robarle el dinero que debió haber cobrado por la punta de ganado vendida. Luego, temeroso de que su paso fuese señalado por estos lugares tan solitarios, decidió presentarse aquí como descubridor del crimen, mostrándonos como cebo esta cartera para despistarnos y hacer creer que otro desconocido fue el autor del asesinato. Usted viene de Zenda. Ha traído usted su misma ruta y le ha podido seguir desde allí, alcanzándole en la senda donde le mató, arrojándole a la sima y luego vino aquí a colocarnos su cuento... Todo eso es demasiado burdo para que nos lo creamos.

Sol no sabía si tomar a broma o en serio las palabras de Mark; pero comprendiendo el estado nervioso que tanto él como Warren padecían al enterarse de la segura muerte del ranchero, extremó su prudencia y sin perder la calma, dijo:

—¿Cómo cree usted que yo he podido enterarme del paso de su cuñado y de que llevaba encima tal cantidad si no le conozco y apenas he parado en Zenda más que las horas justas para dormir, como le puedo probar? ¿Por qué de haber sido yo el criminal tenía que forjar todo este tinglado si con seguir a marchas forzadas mi camino podía desaparecer con ventaja, sin que nadie supiese una palabra de mí, ya que cuando ustedes hubiesen descubierto el crimen tenía yo tiempo de estar a muchas millas de aquí, sin que nadie supiese una palabra de mi persona? No sea usted absurdo y no diga majaderías. Creí un deber dar cuenta de lo descubierto a las personas más cercanas, por si éstas podían ayudarme a aclarar el misterio y jamás sospeché que el caso pudiese afectarles tan de cerca.

Mark, sin hacer caso a las lógicas explicaciones de Sol, replicó con vehemencia.

—¡Todo eso son patrañas! Yo no puedo probar que sea cierto cuanto usted afirma, pero si se puede probar que se ha presentado usted aquí diciendo que han matado cerca a una persona, mostrando su cartera como prueba. Es mucha coincidencia que usted, un forastero, sea quien haya descubierto todo eso y venga aquí a contarlo como una coartada.

Sol, que estaba perdiendo la paciencia ante la testarudez de Mark, preguntó fríamente:

—En resumen... ¿Es que se atreve usted en serio a acusarme de ser el autor de la muerte del señor Roos?

—¡Sí!

Sol, indignado, estiró su potente brazo y de un brutal puñetazo lanzó a Mark al otro lado de la estancia, haciéndole chocar violentamente contra la pared. El agredido lanzó un rugido de dolor y, desde el suelo, intentó disparar sobre Sol; pero éste, adelantándose, dio una patada al revólver, quitándoselo de la mano, al tiempo que el proyectil se incrustaba en el techo del despacho.

Sol se revolvió temeroso de la reacción de Warren, e intentó llevar la mano a la pistola; pero ya el muchacho se había adelantado y le tenía encañonado siniestramente, mientras rugía con los dientes enclavijados:

—¡Si hace el menor movimiento le levanto la tapa de los sesos!

Sol se detuvo. Warren, escudado tras la mesa, se encontraba demasiado distanciado de él para sorprenderle y arrebatarle el arma. No quería disparar sobre él, pues comprendía su estado de ánimo ante el terrible descubrimiento; pero tampoco le agradaba verse tratado como un criminal y estar expuesto a las molestias y peligros de semejante, acusación.

Con las manos en alto para no dar lugar a falsas interpretaciones, exclamó fríamente:

—¿También usted es tan cerril que ha creído en las teorías idiotas de su tío? No sea ridículo y razone con lógica.

Warren, fieramente, sin perderle un momento de vista, exclamó:

—No es ante mí ante quien se tiene usted que justificar y aclarar su conducta, sino ante el *sheriff* de Milford. Pero lo hará usted muy claramente, o seré yo quien le deshaga la cabeza a tiros en pago al crimen que ha cometido.

Sol iba a replicar cuando en el pasillo se percibió un tropel de gente que subía con precipitación y la puerta se abrió con violencia, apareciendo en el vano un gran número de vaqueros con los revólveres empuñados.

—¡Por San Jorge!—exclamó uno—. ¿Qué diablos sucede aquí?

Al descubrir a Mark en el suelo arrojando sangre de la boca y a Warren encañonando a Sol, el que había hablado se adelantó con el revólver dirigido al pecho de Sol y preguntó:

—¿Qué sucede, patrón? ¿Hay que deshacerse de este sapo? ¿Acaso ha pretendido atracarles?

Warren, fieramente, indicó:

—Desármale, y amárrale bien. Hay que aclarar algo trágico y no quiero que se me escape.

El aludido, que era el capataz del rancho, un mocetón fornido, pleno de vigor y de decisión, se acercó a Sol y de un tirón le arrancó

los revólveres del cinto, diciendo:

—No sé quién eres, pajarraco, ni lo que has podido hacer; pero como sea algo que lo merezca, te prometo deshacerte a puñetazos esa cara de matón que tienes.

Sol se mordió los labios de rabia al oír el insulto y estuvo a punto de deshacer la boca del imprudente que así le retaba; pero armándose de paciencia selló sus labios y esperó.

Ya desarmado, Mark, que no podía perdonar al forastero el trato brutal que le había dado, se acercó a él y rugiendo de rabia, exclamó:

—¡Vil asesino!... ¡Haré que te quemen vivo por cobarde y criminal!

Y con toda la ira que le dominaba escupió al rostro del prisionero.

Este sintió que una roja nube cubría sus ojos y sin medir las consecuencias de su impulso, volvió a extender el puño, enviando a Mark de nuevo contra la pared de un puñetazo que le dejó casi privado de sentido.

Una docena de revólveres salieron de sus fundas otra vez dispuestos a acribillar a balazos a Sol; pero Warren, gritando estentóreamente, advirtió:

—¡Cuidado! ¡Le necesito vivo! ¡Mataré al que dispare un solo tiro!

Sol, al oír la orden, se revolvió furioso dispuesto a no pasar por la humillación de verse atado y conducido al pueblo como un vulgar criminal, y manejando los puños con la decisión y eficacia en él peculiares, se decidió a abrirse paso a puñetazos, huyendo de aquel foco peligroso para ser él libremente quien acudiese a Milford a dar cuenta al *sheriff* de su descubrimiento y a ponerse en campaña para descubrir por su cuenta al misterioso asesino.

Sin dudarlo más, eligió como, víctima propiciatoria al más peligroso del equipo, que era el capataz, y cuando éste, con un lazo en la mano, se disponía a amarrarle, le recibió con un terrible directo, que le hizo caer de espaldas lanzando una sonora maldición.



...y de un brutal puñetazo...

El equipo entero, al observar la irascible actitud del forastero, se lanzó en tromba contra él, y Sol entabló una de las más tremendas luchas que había sostenido en su vida, peleando a la par con doce hombres fornidos y nada cobardes, que no se arredraban ante sus puños de hierro.

El capataz, por su parte, que había reaccionado ante el castigo, rechinaba con furia los dientes, tratando de tumbar a Sol de un aplastante puñetazo; pero el joven, con las fuerzas centuplicadas

por la rabia, esquivaba sus golpes y martillaba a ciegas sobre los que se ponían más cerca de él, magullando pechos, aplastando rostros; pero recibiendo a la par sendos y contundentes golpes, que le obligaban a jadear como una fiera medio asfixiada, sin poder romper aquel maldito cerco que cada vez le oprimía más, impidiéndole revolverse con desahogo.

La lucha harto desigual tenía que concluir desastrosamente para el bravo joven. Atontado por los golpes recibidos, aprisionado por aquellos rudos vaqueros, duros como el mármol, que no se dejaban abatir por el desaliento, terminó por sentir en los brazos un cansancio horrible y los dejó caer flácidamente, entregándose a sus enemigos, falto de toda energía para proseguir la lucha.

Las más agudas increpaciones siguieron a su derrota; pero el capataz, que era un hombre entero a quien siempre impresionaba tropezar con un hombre de la energía y decisión de Sol, intervino para decir;

—¡Basta ya, manada de coyotes!... No me gusta ensañarme con el vencido cuando ha demostrado las agallas de este forastero. Si hubieseis tenido que mediros uno a uno con él no gallearíais así.

Sol sonrió melancólicamente, afirmando:

—Lo tendré en cuenta a la hora de saldar este asunto, amigo. No tardando mucho se pondrá en claro la injusticia que se comete conmigo por sorpresa y entonces alguno tendrá que sentir más que ahora. Es usted un hombre de verdad y no le guardo rencor por los puñetazos que me ha dado.

—Ni yo; pero no crea que a pesar de su bravura me vencería usted mano a mano... Todavía no ha habido en todo Utah quien logre poner fuera de combate a Rufus Train.

—Tampoco hubo en todo el Oeste quien lograra esa hazaña con Sol King... Algún día, quizá por *sport*, tendremos ocasión de ponernos a prueba.

—Le tomo la palabra—dijo tranquilamente el capataz— Si realmente es usted un hombre honrado será para mí un honor hacerle comer hierba de un buen puñetazo delante de todos.

—Aceptado; y ahora, si vale mi palabra, les prometo no escapar. Pero no cometan conmigo el ultraje de maniatarme como a un vulgar cuatrero porque no se lo perdonaría a nadie, ni, aunque fuese mi propio padre.

Mark, que se hallaba casi agotado por la paliza recibida, se adelantó, rugiendo:

—¡No consientas tal disparate, Warren! ¡Es el asesino de tu padre!

El más vivo asombro se reflejó en los rostros de aquellos hombres rudos, pero nobles, que no admitían el asesinato como

defensa, y un impulso de furor les hizo adelantarse de nuevo hacia el prisionero. Más Warren, que dudaba en aceptar en definitiva la tesis de su tío, hizo un signo enérgico y exclamó:

—¡Quietos!... No hay aún ninguna prueba contundente sobre él. Es cierto que parece que alguien ha asesinado a mi padre y este forastero ha venido a suministrar una prueba que puede ser cierta. No sé qué pensar, en definitiva; pero no quiero que nadie me acuse de obrar ligeramente... Le acepto su palabra de honor de que no se escapará y a vosotros os lo encomiendo. Si hace el más ligero movimiento para huir, freírle a tiros.

Sol miró intensamente a Warren, diciendo:

—¡Gracias! No le pesará este rasgo. En cuanto a usted, señor Tadder, es un reptil lleno de veneno y también me acordaré de usted a la hora de la liquidación. Le prometo que le voy a dejar la boca como para que no vuelva a injuriar a nadie como lo ha hecho conmigo.

Rufus, dirigiéndose a Warren, preguntó:

—¿Qué es lo que hay que hacer ahora, patrón?

—Vamos al barranco de la senda a ver si lograrnos descubrir algo que corrobore la muerte de mi padre, encontrando en él el cadáver. Llevaros al prisionero y vigilarle bien. Necesitamos su presencia.

Y el grupo, rodeando a Sol para que no pudiera escapar, abandonó el rancho para dirigirse al barranco.

CAPÍTULO III

EL CUERPO DEL DELITO



AN áspera y encapotada seguía la tarde como los días anteriores. La nieve amenazaba con caer de nuevo y un frío glacial que se metía en los huesos soplaba del Norte, levantando blancos remolinos de polvo que herían los ojos y se clavaban en las carnes como puntas de alfileres.

Sol montó sobre «Stard», cuyas bridas pasaron a manos de Rufus y de otro peón, uno por cada lado, y el grupo se dirigió camino de la barranca.

El único que no se sintió con ánimos de seguirles fue Mark. Sol le había dejado convertido en un guiñapo y el viejo vaquero no podía con sus huesos para montar a caballo.

Cuando al fin llegaron al lugar señalado por Sol, éste extendió el brazo, diciendo:

—Vean ese rastro. Sigan hacia abajo y podrán apreciar mis manifestaciones. También podrán descubrir las huellas de mi caballo, posteriores a las por mí descubiertas.

Warren, pálido y nervioso, siguió las indicaciones de Sol, bajando hasta el lugar donde empezaba el rastro.

—¿Dónde encontró usted la cartera?—preguntó a gritos.

—Unos cuantos metros más arriba de donde está usted. Creo que la señal cuadrada se conserva en la nieve.

Warren pudo observar que era cierto cuanto el joven manifestaba y, después de examinar todo atentamente, regresó a lo alto de la senda.

—Bien—dijo—; esto no aclara nada. Da la seguridad de que el crimen se ha cometido, pero no descubre al autor. Las huellas dejadas por su caballo no tienen ningún letrero que digan que son posteriores.

—En efecto—respondió Sol—, no puedo demostrar que así sea.

—Ahora veamos el barranco— dijo el hijo de la víctima—. A ver, ¡un voluntario que se atreva a registrarlo!

Todos se miraron indecisos. El barranco era una cortada muy peligrosa, y mucho más cubierto por la nieve, y nadie se sentía

capaz de intentar una exploración, temiendo poner un pie en falso y rodar hasta el fondo si la nieve fallaba.

Un silencio impresionante reinó en el grupo hasta que Sol, decidido, dijo:

—Si alguien promete sujetarme bien con un lazo a la cintura, yo me ofrezco a intentar la prueba, al menos hasta donde dé de sí el lazo.

El capataz se adelantó, diciendo:

—Yo le doy mi palabra. ¡Venga, si es tan bravo!

Sol se apeó del caballo, tomó su lazo, en el que confiaba, y anudándoselo a la cintura puso el cabo en manos del capataz y con decisión se acercó al borde del barranco y empezó a descender por él.

La pared, con una inclinación no muy pronunciada, se mostraba peligrosa; pero gracias a la grava y los zarzales que se aferraban a ella, le permitían con sumo cuidado ir descendiendo lentamente.

El talud no era una erosión recta, sino que formaba sinuosidades que permitían de vez en vez sentar el pie con confianza, y cuando lo lograba, aprovechaba el respiro para echar profundas ojeadas a derecha e izquierda estudiando el terreno en busca de señales en la nieve que le permitiesen descubrir el lugar por donde pudo ser arrojado el cadáver.

Por fin, con alegría, observó que parte del ramaje que cubría el declive aparecía sacudido de nieve en algunos lados, y ello le hizo adivinar que por allí debió haber rodado el cuerpo.

—¡Oiga!—gritó—. Voy a correrme unos seis metros a la derecha, haga el favor de correrse también para que pueda descender en línea recta... Veo algo que me parece una pista.

—Bien, adelante—contestó el capataz—. Le sigo.

Sol se deslizó hacia el lugar señalado y empezó a descender. La claridad no era mucha, pero la sima ancha le permitía ver con cierta facilidad.

Poco a poco fue descendiendo hasta que llegó a un lugar donde el lazo quedó tirante.

—¡Más cuerda!—gritó.

—¡Se terminó! No hay más...

—¿Pueden añadir un lazo? Cuiden de que sea resistente y de que el nudo quede seguro.

—Bien; busque un punto de apoyo y sujétese bien, que va a quedar a sus propias fuerzas.

Sol se aferró a unas recias raíces y avisó:

—Estoy. No tarden.

El lazo quedó flojo, y durante un rato esperó, hasta que por fin le avisaron:

—Continúe, si puede. Ya está.

Sol probó la firmeza del nudo y convencido de que resistiría, continuó el descenso.

Varios metros más abajo, se detuvo en un saliente y miró hacia abajo. A cuatro o cinco metros descubrió un bulto negro sobre la albura de la nieve, que le advirtió que por fin había localizado lo que buscaba.

—¿Queda mucha cuerda?—preguntó:

—Unos cinco o seis metros—fue la respuesta.

—Creo que llegará. Me parece que lo he descubierto.

Por fin, cuando el segundo lazo llegaba a su límite, se detuvo ante un gran macizo de zarzales que sobresalía de la pared un par de metros y en el que había quedado sujeto el cuerpo de un hombre que yacía de bruces sobre las zarzas.

—¡Llegué! —advirtió Sol—. Lo he encontrado.

—Bien, ¿y ahora, qué?

—Empalmen dos lazos recios y échenme el cabo. Lo ataré bien y veremos de izarlo. Yo ayudaré a medida que suba.

Poco más tarde caía en sus manos el extremo de un lazo, y Sol, haciendo peligrosos esfuerzos para no caer al vacío, consiguió atar el cadáver por debajo de los brazos.

—Tiren a la vez de los dos lazos —ordenó—. Yo ayudo.

Las cuerdas se pusieron tensas, y Sol, temiendo que no resistiesen, empezó a subir apoyando los pies en el talud, con el cuerpo suspendido en el vacío, mientras ayudaba al inane cuerpo para que no quedase enganchado en algún saliente de la tierra o entre las espinosas ramas que se adherían a ella.

Fue una labor difícil, agotadora y peligrosa. Los peones, con las manos casi cortadas por la cuerda y los brazos tensos, izaban los dos cuerpos, y tras ruda labor ambos asomaron por el borde de la sima.

Sol, con los nervios deshechos, saltó a terreno firme y se dejó caer exhausto sobre la nieve, sudando como un condenado.

—¡Por el infierno!—gritó—. No lo volvería a hacer más, aunque me lo pagasen a peso de oro.

Entre varios peones consiguieron sacar fuera el cuerpo del muerto, y Warren, que sufría las ansias del Purgatorio, esperaba con anhelo el momento de poder examinarle para convencerse de la triste verdad.

Cuando el cuerpo fue depositado en tierra y vuelto de cara el cielo, el joven se llevó las manos al rostro y estallando en un sollozo, murmuró:

—¡Padre!... ¡Padre mío!

Desfallecido, se dejó caer junto a él, pasando su morena mano por el mojado y enredado cabello. El infeliz aparecía con una

lividez cerúlea y presentaba una herida de bala en el cuello, mortal de necesidad.

Sol, que se había incorporado con trabajo, se acercó, quedando en pie. Sus ojos vivos contemplaban las simpáticas facciones del muerto, a quien la Parca no había podido borrar de ellas un sello de atracción personal muy agradable, y con los dientes apretados esperó.

Cuando, pasado el primer momento de dolor, Warren se incorporó de nuevo mostrando la fortaleza que le animaba, se quedó contemplando fieramente a Sol, y luego, bajando los ojos, exclamó:

—No sé lo que la justicia dictaminará un día próximo. Si se demuestra que es usted inocente, jamás le agradeceré la exposición que ha sufrido por devolverme el cadáver de mi padre, y mi vida estará a su disposición; pero si la justicia fallara en su contra... Entonces... entonces, por canalla y cobarde, sería capaz de arrancarle el corazón con mis propias manos.

Sol se estremeció, a pesar de todo su valor, e insinuó:

—¿Usted no cree que la justicia humana puede equivocarse, aun de buena fe?

—¡No!—rugió Warren—, no podrá equivocarse porque haré que apuren hasta el último aliento para averiguar la verdad. La vida de mi padre valía tanto, que no tengo dinero bastante para pagarla con lo que me pueda dejar.

Los vaqueros asistían emocionados a la terrible escena. Sus ojos fieros y duros, se clavaban en los de Sol, tan duros como los de ellos, y se preguntaban qué habría de verdad en aquel misterio que no acertaban a desentrañar. El forastero parecía sereno y tenso, pero hay criminales de una audacia y una sangre fría tan extraordinarias que ni ante el fruto de su crimen son capaces de traicionarse.

Warren dio orden de cargar con el cuerpo de su padre, y de nuevo Rufus y otro peón se hicieron cargo de las bridas de «Stard», para no permitir al prisionero que iniciase la fuga.

Cuando el cadáver fue depositado en el rancho, Mark, que se había recobrado un tanto, se detuvo frente al muerto y con los ojos chispeantes de odio, exclamó:

—¡Te juro que a este miserable asesino le he de quemar vivo para vengar tu muerte! ¡Quiera o no quiera la justicia, no se escapará impunemente!

Sol estuvo a punto de perder la paciencia de nuevo y ahogar al implacable vaquero; pero, encogiéndose de hombros, se limitó a ser un mero espectador de la escena.

Warren, dirigiéndose a Rufus, dijo:

—¿Te comprometes a encargarte de llevar al forastero a Milford y a entregárselo al *sheriff,* vivo o muerto?

—¡Lo juro por ese cadáver que pertenece al hombre más bueno que hubo en la tierra!

—Pues bien, llévate la gente que necesites y entrégalo... Ponlo en manos de Omar, el *sheriff*, y dile de mi parte que me responde de él con su cabeza... Si necesita hacer alguna investigación, que venga. Le esperaré hasta mañana mediado el día, que enterraremos a mi padre, y después bajaré yo a Milford, de donde no me moveré hasta que se vea la causa.

Rufus, encarándose con Sol, dijo:

—Ya lo ha oído, forastero. Sentiré tener que emplear medios violentos si se obstina en no mostrarse razonable. Ha blasonado usted de ser inocente de este asqueroso crimen y si tiene la conciencia tranquila espero que se comporte como la clase de hombre que ha pretendido demostrar que es.

Sol se encogió de hombros y se resignó a aquella conducción denigrante. En su vida se había visto en un trance más equívoco que aquél, y aunque su espíritu libre y justiciero se revelaba contra semejante situación, comprendía que no tenía más remedio que aceptarla.

Rufus eligió cuatro peones de confianza, que se colocaron dos a cada lado de Sol y otros dos detrás, y todo lo rápidamente que les permitía el piso endurecido por la helada se encaminaron al poblado, que se hallaba a una regular distancia del rancho.

Era casi de noche cuando entraron en él. Sol, que había sido librado del tormento de las ligaduras, marchaba encajonado entre los *cowboys* y cuando éstos penetraron en el pueblo fueron saludados efusivamente por varios indígenas que debían conocerles a fondo y que no sospecharon el motivo que les conducía a Milford.

Rufus se detuvo ante las oficinas del *sheriff*, apeándose e invitando a Sol a seguirle.

Este obedeció y apeándose de «Stard» se apresuró a penetrar en las oficinas, seguido de los vaqueros.

Omar Spang, el *sheriff,* era un tipo alto, huesudo, de piernas terriblemente arqueadas y brazos que le llegaban a la rodilla. Poseía un rostro pálido y aguileño que le daba el aspecto de un ave de rapiña, sobre todo por su afilada y curva nariz, y debajo de ella conservaba unos pelos blancos y tiesos que hacía su rostro más original.

A pesar de ello poseía dos ojos grandes y expresivos, una boca que se plegaba en una sonrisa simpática, y un gesto decidido y autoritario, que hacía de él una persona difícil de someterse a caprichos ajenos.

A la cintura lucía dos enormes *colts* que, por el peso, daban la sensación de que le iban a quebrar el frágil esqueleto de su persona.

Omar, al enfrentarse con el capataz del rancho, sonrió alegremente, preguntando:

—¿Qué es eso, Rufus? ¿Otra vez vienes a contarme que os han «abollado» el ganado...? ¡Malditos abigeos!

El capataz hizo un signo negativo y exclamó:

—No, Omar; aquello no tenía importancia con lo que ahora me trae aquí en nombre de Warren Roos... Vengo a comunicarle que han asesinado a Cecil, nuestro patrón, y a entregarle a este forastero sobre el que recaen sospechas de que pueda ser el autor del crimen.

Omar clavó sus agudos ojos en los de Sol, que sostuvieron la mirada sin pestañear, y exclamó:

—¡Hola, hola!... ¿Con que este caballero de tan magnífica pinta puede ser el autor de semejante canallada? ¿En qué os fundáis para decir que le suponéis el autor y no le acusáis claramente?

Sol sé adelantó al capataz diciendo:

—Perdone *sheriff*. Puesto que yo soy el presunto culpable, lo justo es que me escuche a mí en primer término. Yo le daré mi versión del suceso y después... si hay alguien que tenga algo que rectificar, que lo haga.

—Muy bien—afirmó Omar—. Es justa su petición, aunque he de adelantarle que soy un *sheriff* que vino al mundo con la estrella pegada al pecho y no es fácil engañarme.

—Me alegro. Usted que está libre de pasión podrá ser el más ecuánime al juzgar. Escuche.

Sol hizo un relato detallado del suceso, y Omar, con su negra pipa entre los dientes y los ojos medio cerrados, escuchaba al preso sin interrumpirle ni una sola vez.

Cuando Sol terminó de hablar, preguntó:

—¿Es ése el cuento?

—Ese...

—¿Tenéis que decir algo en contra?—preguntó dirigiéndose a Rufus.

—¿Qué diablos sabemos nosotros si no hemos estado presentes? —replicó el capataz—. Ni siquiera sabemos si es eso lo que contó al hijo del patrón y a su tío.

—Bien, pero habéis asistido al descubrimiento del cadáver y habéis examinado las huellas. ¿Se ajusta el relato a la verdad?

—En esa parte, sí. Como hombre, se ha portado bravamente, sacando el cadáver del patrón de esa horrible sima.

—¿Tú crees que un hombre que asesina a otro y le arroja a un barranco se expone a sacarlo y posee nervios para soportar la presencia de su víctima sin que se le salte hasta el cerebro?

Rufus se encogió de hombros, y luego, recordando algo, afirmó:

—Acuérdese de Ken Pusak, que prendió fuego a la cabaña de Lee y luego se expuso a morir abrasado para rescatar su cadáver. Nadie le creyó tan vil y, sin embargo, más tarde se descubrió que era el autor del crimen.

—Tú ganas, muchacho—repuso el *sheriff*—. Los hay con agallas, y este caballero parece poseerlas muy duras. De todas formas, yo no puedo actuar sin echar un vistazo al lugar del suceso y practicar algunas diligencias. De momento, le admito como un futuro producto de la rama de un roble; pero no está en sazón aún para bailar en la rama. Iré al rancho, hablaré con Warren, visitaré el lugar del crimen y después hablaremos.

Sol estimó sensata la acritud del *sheriff*, aunque no le agradó mucho su modo de expresarse. No parecía muy convencido de su inocencia y no podía confiar en su ayuda mientras ciertos detalles no los encontrase más claros.

Rufus intervino para decir:

—Mi patrón le espera hasta mañana a mediodía, que se enterrará el cadáver. Usted dirá cuándo piensa ir.

—Pues ahora mismo, Rufus. Guardaré con mucho cuidado a este forastero en la bonita cárcel de nuestro pueblo y habrá de mostrar paciencia esperando en ella a que todo se aclare. Espero que lo tomará con calma y que no cometerá ninguna tontería que agravaría su posición.

Sol, entendiendo que el aviso era sincero, hizo un signo de indiferencia replicando:

—¿Tengo alguna otra solución que escoger?... De momento me resigno; pero no olvide que cuando se demuestre mi inocencia tengo que cobrarme esta vejación y que alguno la va a pagar cara, empezando por ese energúmeno que se llama Mark Tadder. ¡Cómo me llamo Sol que así será!

CAPÍTULO IV

OMAR NO LO VE MUY CLARO



E noche era ya cuando, tras dejar a Sol encerrado en la cárcel del pueblo y con recomendación al carcelero de que no se fiase de él para nada, vigilándole estrechamente, Omar, seguido de Rufus y sus peones, emprendieron el camino del rancho, bajo el beso de una luna fría que presidía un paisaje muerto, donde sólo la nieve poseía su trono.

Omar iba maldiciendo de la noche, del frío y de todos los criminales habidos y por haber, y cuando por fin dieron vista a la senda se detuvo, diciendo:

—¿Es aquí donde se descubrieron las huellas?

Rufus señaló con la mano, diciendo:

—Ahí es; pero ahora es imposible encontrarlas como cuando vinimos. Han pisado en ellas Warren, yo y algunos peones, y esto está hecho una pena.

—¿Es cierto que aparecía el surco, la sangre y hasta la huella donde dice haber encontrado la cartera?

—En efecto; pero no se deje engañar, Omar. Si quiere, yo le dejo ahora la huella de la mía sobre la nieve y eso no quiere decir nada.

—Es cierto. De todas formas, los detalles son necesarios. ¡Adelante!

Se detuvo ante la sima, examinó desde el borde la hondonada y luego continuó hasta el rancho, donde fue recibido inmediatamente por Warren y su tío.

Warren, sereno, pero pálido, estrechó emocionado la mano que le tendía el *sheriff* y dijo:

—¡Parece mentira, Omar, y sin embargo es cierto! Sólo un miserable ladrón y asesino es capaz de hacer lo que ha hecho con el hombre más íntegro y bueno de la región. Usted que le conocía puede juzgar.

—Es cierto, muchacho. Tu padre era demasiado bueno y confiado con todo el mundo. No le conocí jamás enemigos y me

figuro la explosión de ira que va a estallar en el pueblo cuando se sepa el caso. De momento, para evitar complicaciones, he encerrado al preso sin decir a nadie una palabra del motivo. No hubiese podido venir tranquilo si allí se hubiese sabido de lo que se le acusa.

Luego, sentándose frente a Warren, preguntó:

—¿Cuál es tu impresión, muchacho?

—¿La mía? —repuso confuso Warren—. Mentiría si no le dijese que ninguna. Hay algo que me time atontado. El cuento me ha parecido absurdo y, sin embargo, no me explico por qué vino aquí a contarlo exponiéndose a lo que se ha expuesto.

Mark intervino vehemente para decir:

—Porque tú eres como tu padre. No crees en la maldad ajena. Vino aquí buscando una coartada... Yo creo que ignorando quien era el muerto...

Omar le miró y preguntó:

—Entonces... ¿cómo sabía que llevaba encima una cantidad tan respetable y por qué le siguió hasta un lugar tan propicio para darle muerte?

Mark, confuso, replicó:

—No lo sé. Acaso supo en Zenda que había cobrado esa cantidad y le siguió hasta la senda sin saber dónde iba. Cuando le vio subir por sitio tan propicio, disparó sobre él y...

—Demasiado confuso todo eso, señor Tadder—afirmó el *sheriff* —. ¿Se ha encontrado la bala en el cadáver?

—Desgraciadamente, no—repuso Warren—. El tiro le atravesó el cuello y Dios sabe dónde iría a parar.

—Es lástima, porque podría establecerse fácilmente si pertenecía al calibre de sus revólveres. Usa *colts* del 45.

—¿No es una arma corriente aquí?—preguntó Mark—. Cualquiera que hubiese disparado sobre él, usaría ese tipo.

—Bien. No podemos establecer la verdad ahora. Por otra parte, si robó a tu padre esa cantidad, ¿dónde la escondió? Sólo le hemos encontrado encima unos mil dólares y eso no cuadra.

—¡Lo habrá escondido!—insistió Mark.

—¿Dónde?, repito. No había huellas más que en la senda que conduce aquí. Todo está helado y cubierto de nieve... Eso del dinero es un misterio.

—Se puede abrir un hoyo en cualquier parte, enterrar el dinero, cubrirlo de nieve y dejarlo allí. Algún día se puede volver en su busca.

—Es cierto. Se pueden hacer muchas cosas, pero hay que probarlas, señor Tadder. A un hombre no se le acusa por suposiciones y estamos buscando pruebas para colgarle.

—¿Qué falta hacen más que las que existen? —repuso furioso Mark—, ¿Hay alguien más a quien poder acusar?

—¿Lo sé yo acaso? Veamos ahora. ¿Están ustedes seguros de que no faltó nadie en el rancho durante la noche?

Warren le miró extrañado y luego dijo:

—Podemos establecer la verdad. Del interior no faltó nadie. Yo estuve con mi tío pasando facturas y cuentas a los libros y nos dieron más de las dos de la mañana. Rufus, por su parte, puede hablar de los peones.

El capataz, llamado a declarar, afirmó rotundamente que sus hombres no habían salido del rancho. La noche era horrible, todos jugaron una partida después de cenar y se acostaron. El peón cojo que cuidaba de la puerta, ni abrió a nadie, ni recibió a nadie ni persona alguna turbó la paz de la hacienda durante la noche ni apareció por allí en toda la mañana siguiente.

—¿Quién sabía aquí dentro que tu padre tenía que cobrar tal cantidad en Zenda?

Mark se indignó, replicando:

—¡No haga preguntas tontas, Omar! ¡Parece como si estuviese buscando entre nosotros al criminal, cuando se lo hemos entregado atado de pies y manos! Aquí lo sabíamos todos, porque una punta de reses no se vende si no se va a cobrar cuando se entrega.

—Es cierto. En cambio, falta por fijar que ese forastero conocía el detalle.

—Lo pudo conocer en Zenda. Allí Cecil era muy conocido. El comprador es de ese pueblo. Mucha gente sabrá que había comprado las reses y la presencia de mi cuñado en el pueblo significaba que iba en busca del dinero.

—Esas observaciones son ciertas, señor Tadder. Habrá que investigar en Zenda cuándo llegó el forastero, Como llegó, con quien habló y qué supo. Esto puede aclarar mucho.

—O no puede aclarar nada—insistió Mark—. Una indicación cualquiera cogida al azar pudo bastarle para considerar a Cecil buena presa y marchar tras él para asesinarle... ¿Sabe usted acaso la clase de pájaro que es ese individuo?

—Realmente, no. No le he interrogado aún, pero pienso hacerlo para establecer su identidad. El hecho de que caminase por aquí no significa nada en su contra.

—Creo que va a tener usted qua renunciar a su cargo de *sheriff* para convertirse en su abogado defensor—afirmó irónico Mark—. ¡Es lo que me quedaba por ver!

—Y a mí, que nadie pretenda enseñarme mi oficio al cabo de veinte años en él—repuso con brusquedad Omar—. Si es Usted capaz de ello, le cederé la estrella.

Warren intervino suavemente para decir:

—No se acaloren. Mi tío está indignado, y yo lo comprendo. A mí me pasa igual, pero todos no tenemos el mismo temperamento. He creído a ese hombre el asesino y, sin embargo, he tenido mis dudas. Le he visto jugarse la vida por sacar el cadáver de la sima y le he estudiado cuando se encontró frente a él, sin observar en su rostro la menor huella de miedo o terror. O es en realidad inocente, o posee los nervios más duros que he conocido.

—Estoy contigo, muchacho. Todo se debe tener en cuenta. Yo no acuso ni dejo de acusar. Busco y deseo colgar por mi mano a quien cometió semejante crimen, pero no quisiera que nos equivocásemos y por castigar un delito cometiésemos nosotros otro. Creo que contra esto no habrá quien se alce.

Mark le miró despectivo diciendo:

—Los años le vuelven muy sentimental, Omar. Recuerde el caso de Ken Pusak...

—Sí, ya me lo ha recordado su capataz con razón; pero yo podría recordarle también el de Philip Prouley. Todo le acusaba como a este forastero y luego un litro de *whisky* bebido a destiempo por el verdadero asesino lo aclaró todo. Precisamente porque recuerdo casos debo caminar con pies de plomo.

—¿Quiere eso decir que va a dejar eso muerto?—preguntó Tadder con soma.

—No. No creo que me lo pregunte en serio, pero sí pienso no precipitarme. Mañana volveremos a Milford, tomaré declaración a ese pájaro, le obligaré a vomitar cuanto tenga que decir en su favor y lo que pueda decir que no lo sea y mandaré un ayudante a Zenda a que se informe de los pasos que ha dado allí. Cuando tenga todo lo preciso para que el tribunal se forme un juicio claro, se le juzgará, y si hay que colgarle, se le colgará decentemente delante de todo el pueblo.

Mark rechinó los dientes con rabia. Entendía que Sol había impresionado demasiado al *sheriff* y a su sobrino, no sólo con su presencia, sino con aquel truco de ofrecerse a bajar a la sima por el cadáver, y se temía que todo aquello pudiese influir para que el crimen quedase impune. Mark no podía perdonar a Sol la forma en que le había tratado y un ansia salvaje de venganza contra él dominaba su alma.

Furioso, abandonó el despacho, y Warren, que discretamente no había querido dar cuenta de la humillación de su tío al *sheriff*, por no herir más la sensibilidad del irascible vaquero, contó a Omar lo que había sucedido en su despacho.

—Me lo explico—afirmó el *sheriff*—. Tu tío es demasiado quisquilloso y si le han aplicado el puño de manera tan contundente

será algo que no le perdone nunca, pero eso no puede influir en el caso... ¿Cuál es tu impresión personal?

—No lo sé, Omar. Hay momentos en que dudo que ese hombre sea el criminal.

—Y yo, Warren, ¿por qué te voy a engañar? Tengo buen ojo para conocer a los pistoleros y hay algo en él que se aparta del patrón corriente. Juzgo todo demasiado oscuro y a veces las cosas más absurdas son las más lógicas.

—Yo estoy loco, Omar, se lo juro. No encuentro por más que busco un posible criminal. Del rancho, estoy seguro de que no faltó nadie. Mi tío me ayudó hasta muy tarde, duerme en la habitación contigua a la mía, se la pasó tosiendo casi toda la noche, pues padece un poco de asma, y los peones, son todos, gente leal y creo en ellos. ¡Esto es horrible!

—Bien, muchacho, no hay que desesperar. Haremos cuanto sea posible para buscar...

De repente quedó pensativo y preguntó:

—¿Tú puedes explicarme una cosa?

—No sé. Usted dirá...

—Desde el momento que arrojaron el cadáver a la sima, ¿cómo desapareció el criminal sin dejar huellas en la nieve?

—¿Qué dice?

—He oído que no había huellas sobre la blandura de la nieve de esa parte, desde el borde de la sima a la senda. De una a otra hay veinte metros, ¿cómo salvó esa distancia el criminal?

—Pues... que me ahorquen si lo sé.

—Ni yo. Y, sin embargo, o tuvo que arrojarse de cabeza tras el cadáver con caballos y todo o... hay forma de desaparecer sin dejar rastro en la nieve. Esto es significativo y convendría estudiarlo, porque si existe modo de evadir este detalle, indica que es gente que conoce estos lugares muy a fondo y eliminaría al forastero.

—¿Cómo podemos averiguarlo?

—No sé... Quizá cuando la nieve desaparezca convenga estudiar el terreno. Me temo que esto va a durar demasiado, pero la justicia lo exige así.

—Bien, Omar, en sus manos lo dejo. Usted es lobo de colmillo retorcido y sabe mucho de estas cosas. Que yo desee que el autor de la alevosa muerte de mi padre pague su crimen, no quiere decir que me conforme con una víctima cualquiera. Quiero al verdadero autor. Eso es todo.

—De acuerdo, muchacho. Voy a dar el adiós de despedida a tu pobre padre.

Bajó con él a la planta baja donde había sido depositado el cadáver y lo estuvo contemplando durante largo rato, examinando

la herida. Esta, como le habían advertido, la presentaba en el cuello y era imposible determinar con qué clase de proyectil se había hecho.

—Todo está en nuestra contra —afirmó Omar—. En otro lugar del cuerpo hubiese quedado la bala dentro y aclararía o no muchas cosas. Así, seguimos a oscuras.

Rezó durante un momento delante del cadáver, y luego se retiró de la estancia. Warren le había ofrecido habitación para aquella noche, y el *sheriff* aceptó el ofrecimiento, pues el tiempo no se prestaba a volver a realizar la caminata de regreso a Milford.

Aún pasaron, algunas horas dando vueltas al tema y estudiando posibilidades; pero nada consiguieron aclarar y les dolía la cabeza de estudiar conjeturas cuando el *sheriff* se retiró a su alcoba a dormir unas cuantas horas.

Warren, en unión de los peones, se quedó en la cámara funeraria, y cuando amaneció, con un sol pálido y amarillo, pero relativamente alegre, que anunciaba cambio de tiempo, se dispuso a partir para el poblado.

—Perdona que no me quede al entierro, pero tengo mucho que hacer en Milford. Pueden suceder cosas que reclamen mi presencia allí.

—Está usted disculpado, Omar. Esla tarde bajaré yo allí.

—Bien. Mientras, habré hecho cantar a ese petirrojo, a ver qué tiene en la garganta. Estoy deseando poder poner un poco de luz en el asunto.

Se despidió de Warren y de Mark. Este, furioso con él, le hizo un frío saludo.

El *sheriff* sonrió divertido. Se hacía una idea aproximada de la cantidad de ira que el vaquero conservaba contra el hombre que por dos veces le había tumbado al suelo de sendos puñetazos, y en su fuero interno se alegraba de ello. Mark no le había sido nunca simpático por su carácter irascible y avinagrado, y sobre todo porque a pesar de no ser ya un niño, había presumido siempre de sor hombre difícil de vencer.

Mediado el día, Warren dispuso que el cadáver recibiese sepultura. El ranchero había hecho construir un pequeño cementerio a la espalda de los pastos, junto a la falda de un montículo, y allí reposaba la madre de Warren, muerta de unas calenturas hacía media docena de años, y un hermano del joven, que murió en un accidente ferroviario próximo al rio.

La comitiva se puso en marcha a través de la nieve que empezaba a fundirse, formando inmundos barrizales. Seis peones del rancho llevaban a hombros un modesto féretro construido por ellos mismos, y a falta de flores que poderle ofrecer, habían

construido unas coronas con ramas de cedro que depositaron sobre la caja.

La ceremonia fue breve. Uno de los vaqueros, que presumía de instruido, improvisó un sencillo discurso a modo de oración y el cadáver fue depositado en la fosa.

Warren, con voz estrangulada, arrojó un puñado de tierra que antes besó, y musitó:

—¡Adiós, padre mío! ¡Te juro no descansar hasta que el vil cobarde que segó tu vida pague su culpa!

Tristemente, bajo la tibia caricia del sol invernal, los peones regresaban al rancho, y cuando casi le habían alcanzado, un jinete, montado en un caballo grande y burdo, pero que debía poseer una resistencia enorme, avanzó hacia el grupo.

Warren levantó la vista al ver avanzar al jinete y al reconocerle hizo un gesto de desagrado. Mark, que caminaba a su lado, captó el gesto, pero nada dijo.

El recién llegado se detuvo frente al grupo e, inclinándose sobre la silla, tendió su ancha mano a Warren, diciendo:

—Lo siento por ti, Warren. Lo he sabido ahora al pasar por el rancho camino de Milford. Me lo ha dicho Dan, el cocinero, y te acompaño en el sentimiento.

—Gracias, Link—dijo Warren sin entusiasmo—, no esperaba tu visita.

Mark se adelantó al joven recién llegado, diciendo:

—¿Cómo tú por aquí, Link? Yo te creí a muchas millas de estos lugares.

—Vine por cosas de negocios, padre... Estuve con Campell en una compra de reses que realizó en Clear Lake y ahora vamos hacia la divisoria de Arizona. Pasé tan cerca que no quise marchar sin verles a ustedes.

—Gracias, Link—repuso Warren—, pero no merecía la pena que te molestaras por ello. Siempre estás cumplido.

El jinete creyó adivinar un matiz de ironía en la afirmación y contestó:

—Ya sé que no te soy grato y lo era menos a tu padre; pero no soy rencoroso. Lo he sentido de veras.

—Te lo agradezco—fue la simple respuesta.

Mark, que parecía inquieto con la presencia de su hijo, preguntó:



¡Adios, padre mío!

—¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana. Pensaba ir directamente a Milford, pero no quise seguir sin saludaros. Me ha sorprendido el hecho.

—Sí, la cosa no tiene explicación. Es decir, sí la tiene, pero alguien lo pagará no tardando. ¿Vas a Milford?

—De paso. Marchamos esta noche para la divisoria. Campell ha hecho un buen negocio y espero una buena comisión.

La comitiva llegó a la puerta del rancho, y Link se quedó un

momento dudando, pero, por fin, tomó una decisión.

—Me voy, Warren—dijo—, no quiero ser inoportuno.

—Como quieras, Link. Si te vas, que sigas prosperando.

—Gracias, Warren, y conste que te acompaño en el sentimiento.

Warren traspasó la cerca y Mark se quedó un momento fuera hablando con su hijo. Diez minutos más tarde éste partía al galope, abandonando el rancho.

Cuando el viejo vaquero volvió al interior, Warren se preparaba para marchar a Milford, y Mark, molesto, exclamó:

—Eres demasiado rencoroso, Warren. Al fin y al cabo, es tu primo y no es mal muchacho.

—No se lo discuto, tío; pero Link no es para mis nervios ni para mi rancho. Mi padre hizo por él cuanto pudo y usted sabe que no se portó bien. Es mejor que viva su vida lejos de aquí.

—Si fueras padre no hablarías así.

—Quizá sí, quizá no. Yo no puedo olvidar que un día levantó la mano a mi padre.

—Tu padre se mostró demasiado duro con él. Además, aquel día había bebido más de la cuenta...

—Nada justifica el hecho. Era su tío. Link tiene el carácter demasiado salvaje y agresivo para esta casa. Usted no es más suave que él, pero los años le han hecho ser más comprensivo. Déjele que ruede, a ver si sienta la cabeza.

Mark no insistió más. De sobra sabía que Link no era grato a la gente del rancho, a cuyo equipo había pertenecido y en el que había provocado muchas reyertas, que, si no acabaron mal para él, fue en atención a que era sobrino del dueño.

Por ello Cecil se había limitado a despedirle, y Link, rabioso, se había lanzado al albur, rodando por el Oeste, donde tenía ancho campo para desahogar su carácter agresivo. De vez en vez reaparecía fugazmente para desaparecer como había llegado, sin que nada ni nadie le retuviese en un lugar fijo, ni domase aquel carácter brusco, que había heredado de su padre y con el que seguramente bajaría a la tumba.

Warren dio orden de preparar su caballo y, cuando todo lo tuvo en orden, preguntó:

—¿Baja usted también, tío?

—Sí, pero no ahora. Estoy un poco cansado. No creo que mi presencia sea muy urgente en Milford. Dentro de un rato iré por allí.

Warren se encogió de hombros y montó a caballo, desapareciendo del rancho, mientras Mark volvía al interior.

CAPÍTULO V

MARK PRENDE FUEGO A LA MECHA



A cárcel de Milford era un edificio casi cuadrado, un poco más ancho que hondo, compuesto de planta baja y un piso superior con tejado inclinado.

En la parte inferior solamente había una gran puerta de forma cuadrangular, con una hoja de madera de teca muy resistente y dos ventanas bajas que se elevaban a un metro del suelo, cubiertas por sólidas rejas y contraventanas de madera, cerradas por dentro con barras de hierro.

El piso superior poseía tres ventanas a la fachada principal y dos en cada uno de sus lados, también cubiertas de rejas, haciendo imposible la fuga a través de los vanos. El edificio, levantado en los aledaños del pueblo, se mostraba aislado, salvo por la parte posterior, en la que se habían construido unos cobertizos para almacenar grano, propiedad de las autoridades del lugar.

Milford era un pueblo relativamente importante, el más nutrido de los alrededores y, por radicar en él el *sheriff* de la demarcación y por ser aquella comarca lugar en el que cuatreros y abigeos operaban con bastante intensidad, la cárcel se veía a veces concurrida de indeseables, que sufrían en ella prisión preventiva, hasta la vista de sus causas, y luego eran trasladados a Payson, Provo, Park City u Ogden, a cumplir condena, cuando ésta excedía de dos o tres meses.

Algunas temporadas resultaba un edificio casi inútil, salvo si albergaba a algún vaquero irascible que se veía obligado a dormir en él la borrachera con algunos días de sosiego entre sus muros y sólo cuando llegaba el verano solía verse concurrida, por ser la estación más propicia para los robos y asaltos a ranchos y granjas o haciendas.

Cuando Sol fue introducido en ella, se hallaba vacía de presos. Quizá si hubiese sido sábado, alguien le hubiese hecho compañía a causa de alguna reyerta tabernaria de las muchas que se solían desarrollar, pero era viernes y el poblado se presentaba tranquilo

como una balsa de aceite.

Sol fue encerrado en un buen calabozo que se cerraba por el exterior con un sólido cerrojo y únicamente un pequeño ventanuco abierto en Un lado de la pared permitía que el carcelero le facilitase las comidas o agua y le vigilase a la par sin necesidad de exponerse a abrir la puerta.

El preso, dominando sus nervios, tomó con filosofía su situación y aprovechó el tiempo para dedicarse a un estudio profundo del extraño caso. Presentía que iba a tener que actuar en él intensamente y quería tenerlo examinado muy a fondo para aprovechar la menor coyuntura que le ayudase a descubrir al verdadero asesino.

Sin saber por qué, sospechaba que el misterio debía aclararse dentro del rancho. Lo apartado de éste en la ruta general para los marchantes, el hecho de que el muerto hubiese salido de él a cobrar una cantidad tan excesiva, la circunstancia de que allí se supiese dónde iba, a qué iba y cuándo debía regresar y el habar elegido un lugar tan propicio para el ataque y la desaparición del cadáver, le afianzaban en su idea de que sólo gente muy al tanto de la vida del muerto podía haber llevado a cabo el crimen.

Pero por más que daba vueltas al caso no acertaba a fijar sus sospechas en alguien con algún viso de fundamento. Todos parecían estar exentos de culpa y el misterio se agigantaba a sus ojos.

Primero pensó en Warren, a quien podía interesar suprimir a su padre para heredar antes de tiempo; pero el muchacho le había sido simpático, le creyó sinceramente sorprendido y amargado por la trágica noticia y no encontraba en qué apoyar su tesis para culparle de tan monstruoso parricidio.

Luego pensó en Mark. Este tenía a sus ojos todas las características del hombre propicio al crimen, por su carácter y su irascibilidad; pero el testimonio de Warren le era harto favorable, ya que el joven había controlado su presencia junto a él toda la noche.

Más tarde pensó en algún peón del rancho. A pesar del testimonio del capataz y del cocinero, la cerca se podía saltar por muchas partes en silencio y cometer el crimen para volver por el mismo cambio sin levantar sospechas y no siempre todos los peones son angelitos con alas en los que se puede confiar.

Cuando se viese libre de su encierro—pues estaba seguro de que el jurado le absolvería por insuficiencia de pruebas—se dedicaría con ahínco a investigar el caso y se prometía no seguir su camino sin descubrir al verdadero criminal y cobrarse las humillaciones que estaba sufriendo por su causa.

Aburrido de pensar en el asunto, se durmió, y al día siguiente

esperó con verdadera impaciencia la visita del *sheriff*, que no recibió hasta mediado el día.

Sol respiró con desahogo al verle penetrar en su calabozo y, mirándole fijamente, preguntó:

—¿Pretende usted acaso que eche raíces en esta inmunda pocilga?

—No lo sé—dijo Omar—. Pero si no echa raíces, me parece que al menos tendrá tiempo de que la nieve se funda y vuelva el buen tiempo.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Sol furioso.

—Que me he dado una vuelta por el rancho a estudiar sobre el terreno el asunto y no he sacado nada en limpio que pueda favorecerle.

—¿Sacó algo que me pueda perjudicar?

—Más que le perjudica el caso, tampoco. Todo gira en derredor de sus declaraciones, pero éstas no le sacan por los pelos del círculo trágico en que se ha metido.

—¿Cuál es su opinión entonces? ¿Que yo soy tonto de nacimiento?

—¿Por qué lo dice?

—Porque solamente siendo tonto puede un hombre hacer lo que hice yo de haber sido el criminal. ¡Como si no hubiese sido más fácil matar a ese infeliz, robarle el dinero, hacerle desaparecer sin dejar ni ese idiota rastro de la cartera y seguir adelante! Nadie me había visto y cuando se hubiese descubierto el crimen, ¿dónde estaría yo y el producto del crimen?

—Sí, sí, la teoría es lógica; pero no siempre Se hace lo que se debe... Óigame, ¿quién diablos es usted y por qué se encontraba en los alrededores del rancho en ese critico momento?

—¿Puede servir de mucho eso?

—Claro que puede servir. Si usted demuestra que es un hombre decente e intachable, si prueba que era lógico su paso por aquí y presenta quien responda por usted, acaso eso le salve.

—Bien, solamente puedo decir algo en mi favor. Mi paso fue incidental, como lo ha sido por muchos lugares del Oeste durante más de un año. Soy un nómada que camina al albur, solamente en busca de indeseables para eliminarles del mundo como un bien para la humanidad. Me llamo Sol King y en muchos lugares del Oeste me titulan «el Vengador»; si no ha oído usted este nombre nunca, creo que todo lo que diga huelga.

El *sheriff* se quedó meditabundo. Algo había oído de un individuo a quien se le aplicaba tal apodo, pero sus noticias sobre él eran muy vagas y no le servían.

—Algo llegó a mí de un «Vengador», pero ¿cómo me prueba que

es usted y me muestra algo sólido que sirva para ayudarle? No tiene usted pinta de asesino, no soy de los que le juzgan por adelantado; pero no es a mí sino al tribunal a quien debe convencer de eso. Piénselo bien y aporte las pruebas que le libren de ser colgado de un árbol.

—¿Quiere esto decir que no se me cree? ¿Acaso se ha dejado usted influenciar por la opinión de ese cretino de Mark Tadder, sin dos dedos de seso en la cabeza?

—¡No! ¡Maldita sea su estampa! —rugió Omar—.Yo no soy un chiquillo para hacer caso a Mark. Sé cómo le ha tratado usted y eso basta para que le odie a muerte. Ni Warren ni yo hemos prejuzgado el asunto; pero no basta con no estar seguro de una cosa; hay que probar que es cierta,

—Bien, nada puedo hacer más que sostenerme en lo dicho. Que me dejen en libertad, que me vigilen como quieran, pero que me dejen actuar y yo prometo descubrir al verdadero asesino. No pido más.

—Bien, convenza al jurado para ello y por mi parte lo acepto; pero sea elocuente a la hora de su defensa, porque no sabe dónde ha caído. Hasta ahora todo el mundo ignora que está usted aquí preso y de lo que se le acusa. Este pueblo alberga los hombres más rudos y salvajes del Oeste. Si no les llega usted a la fibra sensible y le creen el autor de la muerte de Cecil Roos, a quien todos querían mucho, dese por perdido, porque si el tribunal no le condenase a la horca, ellos se encargarían de sentenciarle y cumplir la sentencia contra toda fuerza legal que tratase de oponerse, a ello. No lo olvide.

Sol se estremeció, a pesar suyo. Conocía lo que significaba en el Oeste el ciego impulso de las masas atacadas de rabia y había presenciado varios casos de linchamiento que nadie pudo evitar, pues hubiese hecho falta un regimiento de soldados para impedirlo.

—¿Por qué no me traslada usted de cárcel? — preguntó—. Desde cualquier otro lado seguiría comprometido a cumplir mi palabra.

—No puedo hacerlo. No soy yo quien manda. Le han puesto bajo mi custodia, el crimen se ha cometido en mi demarcación y solamente con una condena superior a tres meses podría sacarlo de aquí para otra prisión de más importancia. Piense en todo lo que le he dicho y prepárese.

—Muchas gracias; pero nada puedo hacer salvo si el jurado que se nombre lo componen hombres sensatos y no bestias. De usted depende que así sea.

—Se lo diré al juez. Quiero darle las máximas facilidades, pues no soy de los que se conforman con castigar a un hombre sin estar

convencido de que es quien merece el castigo. Me parece salvaje ahorcar a nadie por delegación.

El *sheriff* abandonó la cárcel, dejando a Sol muy preocupado. El joven se daba cuenta de lo peligroso de su situación y ahora sólo pensaba en el modo de salvarse él.

Cuando Omar regresó a sus oficinas, se encontró en ellas a Warren; éste preguntó:

—¿Qué tiene usted que contarme?

—Desgraciadamente, nada. El muchacho me parece un buen sujeto y hasta se me ha presentado como un individuo dedicado a la caza de indeseables, pero nada ha aportado en concreto. Dice, que le llaman «el Vengador» en el Oeste.

—¿«El Vengador»? Yo he oído algo de ese sujeto.

—Y yo también; pero lo mismo puede ser él, que un tío suyo. Me pide libertad vigilada para descubrir al verdadero criminal.

—¿Qué piensa hacer usted?

—No puedo hacer nada. Daré cuenta al juez y que él nombre un jurado. Mal asunto este, Warren.

—Tiene usted razón. Yo no lo veo muy claro aún.

—Lo malo es que aquí no hay más que salvajes. Quisiera ocultar el suceso hasta el lunes. Hoy es sábado. Hoy y mañana se vuelcan aquí todos los salvajes de los ranchos de la montaña a hartarse de vino y a armar camorra. Cualquier indiscreción podía encender la mecha y provocar una acción colectiva y rápida de justicia por propia mano. ¿Me comprende?

—Sí. Opino como usted. Deseo el castigo del autor de la muerte de mi padre, pero sólo del verdadero autor.

—Bien, vamos a ver al juez y él nos dará su opinión.

Ambos se trasladaron a la morada del juez con el que se encerraron a discutir el asunto.

* * *

Anochecía cuando Mark entraba en Milford deteniendo su caballo en las oficinas del *sheriff*.

Allí se enteró de que éste, y Warren se encontraban en casa del juez y, después de un momento de duda, decidió no seguir su mismo itinerario.

Mark, con un ojo morado, la mandíbula dolorida y el cuerpo derrengado por la paliza recibida, se hallaba poseso de la más encendida ira, y era tal el odio que sentía hacia Sol que no pensaba más que en él y en el modo de cobrarse la dolorosa ofensa.

Paseó durante algunos minutos a caballo sin rumbo fijo y, de

súbito, tomando una decisión, se dirigió a la calle principal, deteniendo su caballo ante una taberna titulada «El Oso Gris».

Aquella taberna grande, espaciosa, muy concurrida, solía albergar los equipos de *cowboys* más tumultuosos de veinte millas a la redonda, y Mark había concebido un diabólico plan que pensaba poner en práctica, si la suerte le ayudaba.

Penetró en el interior, abarrotado de vaqueros vocingleros y agresivos, y tras pedir un buen vaso de *whisky* junto al mostrador, se quedó de espaldas a él, contemplando a los que atestaban la taberna.

Un *cowboy* alto y fuerte como un toro penetró en aquel momento y al acercarse al mostrador y fijar su aguda mirada en el rostro de Mark, exclamó riendo brutalmente:

—¿Qué diablos le sucede, señor Mark? ¿Quién se ha entretenido en ensayar sus puños en ese ojo?

Mark, estremeciéndose de ira ante el recuerdo, respondió, con brusquedad:

—Escucha, Gregg, tú presumes de muy hombre ¿no es cierto?

—No será usted quien pretenda ponerlo a prueba—replicó agresivo el vaquero.

—No; porque te conozco; pero yo te pregunto, ¿qué hubieses hecho tú si te hubieses encontrado frente a un asesino más fuerte aún?

—¡Diablo! ¡Me hubiese jugado el físico con él antes que dejarle escapar!

—¿Aunque te hubiese tundido a puñetazos?

—¡Aunque me hubiese asado a tiros!

—Pues eso he intentado yo.

La conversación pareció interesar a los presentes todos, los cuales se levantaron de las mesas rodeando a Mark y a Gregg. Se sentían intrigados por conocer el lance y en sus ojos ardía la más viva curiosidad.

—¿Un asesino? —preguntó Gregg—. ¿Dónde ha sido eso?

—En el rancho de mi sobrino Warren.

—Dirá usted en el rancho de su cuñado Cecil—rectificó uno.

—No. Yo sé lo que me digo. En el rancho de mi sobrino Warren, porque ahora es el dueño único. Han asesinado a su padre y yo me peleé con el asesino, sin suerte por mi parte.

Todos lanzaron un rugido de asombro al oír aquella aclaración, y Gregg preguntó:

—¿Que han asesinado a Cecil Roos? ¿Quién ha sido ese malvado cobarde?

—Un forastero que ahora está preso en la cárcel de este pueblo. Yo quería matarle, en el acto, pero el sensible de mi sobrino no me

dejó. Estoy temiendo que aún logre salvar el pellejo y se largue con treinta mil dólares que le robó después de asesinarle por la espalda y arrojar su cadáver a una sima para ocultar su infame delito.

Un rugido de ira se escapó de todos los pechos, y el círculo de vaqueros, apretándose en torno a Mark que sonreía diabólicamente al observar el efecto de sus bien dirigidas acusaciones, crispó los puños y se dispuso a actuar.

—¿Por qué se va a escapar? —rugió uno.

—Porque el sensible de mi sobrino no cree aún en que él sea el asesino, y el *sheriff* parece que le apoya. Esto es inicuo y vosotros vais a juzgar el caso cuando os cuente todo lo sucedido.

Mark, poniendo de su parte cuanto pudo para recargar en contra de Sol los puntos más obscuros del asunto, hizo un relato detallado del suceso, y aquella gente brusca, impetuosa, de cerebros primitivos y poco sutiles, no dudó en opinar como Mark.

—¿Dónde dices que está ese cobarde?—preguntó Gregg.

En la cárcel. Se lo entregamos al *sheriff*; pero éste estuvo hoy en el rancho a investigar y parece que se muestra demasiado blando. Habla de no sé cuántas investigaciones alrededor del globo para buscar unos datos que los tiene delante de los ojos. Mucho me temo que trate de ganar tiempo para que pase el primer momento de indignación y cuando actúe el jurado le pongan en la calle.

Docenas de voces se levantaron protestando airadamente, y Gregg, que había asumido la voz cantante, se encaró con sus compañeros, diciendo:

—¿Vais a permitir que ese granuja se ría de nosotros, largándose con esa cantidad después de haber asesinado al ranchero más decente de todo Utah?

—¡No!—gritaron docenas de voces con furor.

—¿Os parece bien que seamos nosotros los que le juzguemos sin esperar que se cometa algún chanchullo en su favor?

—¡Si!...

—¿Lo linchamos?

—¡A lincharle!...

Una terrible algarabía se armó en la taberna a partir de este terrible grito de salvaje justicia. Los vaqueros en tumultuosa ola requirieron sus revólveres y se dispusieron a correr a la cárcel a linchar al preso.

Gregg, tomando del brazo a Mark, dijo:

—Adelante, señor Mark. Usted es el más indicado para dirigir la acción. Al fin y al cabo, era el marido de su hermana.

Mark dudó un momento; pero comprendiendo que no tenía escape, se decidió. Estaba seguro de que su venganza iba a quedar consumada; pero sabía también que la discusión que más tarde

tendría con su sobrino y acaso con las autoridades sería borrascosa.

Pero era tal la rabia que sentía con el hombre que le había derribado a puñetazos que estaba dispuesto a jugárselo todo por vengar la ofensa.

En tropel abandonaron la taberna, dando terribles gritos, en los que demandaban rápida justicia, y a sus voces otros elementos, tan sanguinarios y salvajes como ellos, se unieron al grupo camino de la cárcel, formando una terrible manifestación armada y ansiosa de sangre, que nadie se sentiría con valor y fuerza para detenerle en su trágico viaje.

Sol estaba condenado a sufrir la más injusta y espantosa muerte y sólo un milagro podía salvarle.

CAPÍTULO VI

LA LEY DE LYNCH



ALLÁBANSE Omar y Warren discutiendo el caso con el juez, cuando llegó hasta ellos el rumor vago, pero creciente, de unos gritos estentóreos, y el *sheriff*, que vivía en una perpetua alarma, se envaró preguntando:

—¿Qué sucede?... ¿No han oído?

—Es sábado—afirmó el juez—, y ya sabe usted lo que sucede los sábados. El vino alborota mucho...

—Sí, pero esos gritos son demasiados para una riña tabernaria... Estoy violento...

Volvió a sentarse con los nervios en tensión, cuando la puerta se abrió con violencia y un individuo alto y flaco, que lucía al pecho la insignia de ayudante del *sheriff*, penetró lívido y desencajado, gritando:

—Perdonen, pero la cosa es grave... El pueblo se ha alborotado y se dirigen a la cárcel en masa... Hablan de linchar a un preso que hay en ella.

Omar emitió una terrible maldición y, echando mano al revólver, rugió:

—No lo conseguirán, aunque tenga que liarme a tiros con todo el pueblo y aunque me deshagan a mí a balazos... Eso no lo tolero yo aquí, ni contra el más criminal que pudiera tener en mi poder...

Encarándose con su ayudante, gritó:

—Pronto, busca a tus compañeros y correr todos a la cárcel. Llevar los rifles y municiones. Yo voy para allí.

Miró a Warren de un modo interrogante, y luego preguntó:

—¿Viene usted, Warren?

—No—dijo después de un momento de duda—. Comprenda mi posición. No sé si es o no el verdadero asesino y no debo tomar partido ni en pro ni en contra. .

—Lo comprendo, muchacho. Yo sí, es mi deber y lo cumpliré. Lo que no me explico es cómo han podido enterarse...

Warren palideció súbitamente y exclamó:

—¡Santo Dios!... ¿Habrá sido mi tío capaz de lanzar a esa horda por delante, sólo para vengar una cosa personal inferior a lo que puede suceder?

Omar rechinó los dientes con rabia e insinuó:

—Le creo capaz de eso, Warren. Tu tío no es trigo limpio; pero te aseguro que como sea el culpable le voy a tener encerrado unos cuantos meses acusado de incitar al asesinato más vil que se puede cometer... ¡Hasta luego, o hasta nunca!

Y echando a correr con sus piernas largas y curvadas, se dirigió hacia la cárcel, cortando camino, mientras los grupos, cada vez más compactos, seguían hacia su objetivo lanzando anatemas contra el asesino y pidiendo que les fuese entregado para cumplir en él la justicia del pueblo.

Omar pudo ganar la cárcel antes que los grupos y, aporreando la puerta con desesperación, obligó al carcelero a abrirle.

Este, descompuesto, pues había captado el rumor de las voces, preguntó:

—¿Qué quiere usted, señor Omar? Ya es tarde para sacarle de aquí.

—Lo sé; pero vas a echar la barra de hierro interior y, no abrirás a nadie por nada del mundo. Yo me entenderé con esos salvajes.

En aquel momento llegaban pálidos y nerviosos dos de sus ayudantes. Cumpliendo con su deber, acudían al llamamiento; pero sentían un verdadero pánico dentro de su cuerpo. No eran cobardes, estaban acostumbrados a habérselas con partidas de indeseables; mas no era igual enfrentarse con un par de enemigos que hacer frente a una masa ciega y rabiosa que les aplastaría como a reptiles.

Omar, que era un hombre entero como pocos, ordenó;

—Colocaros ahí en el último escalón de la puerta y empuñar los rifles. Yo saldré al paso de esos cafres; el deber os obliga a cumplir la Ley y a defender al preso. Aún no está condenado y puede ser un hombre inocente.

—Será inútil el sacrificio, Omar —advirtió uno—, nos desharán a tiros y se llevarán al preso.

—Eso lo veremos. No tardarán mucho en llegar algunos refuerzos. Diez hombres decididos podemos hacer mucho. Yo les hablaré.

—Si le dejan...

—Si no me dejan y no quieren oír mi voz justa, oirán la de mis revólveres y alguno puedo que no lo oiga más mientras el sol salga por Oriente.

En aquel momento la vanguardia del grupo asomó por el lugar descubierto hacia el edificio. Lo componían los vaqueros más agrios e impulsivos de los alrededores, y Omar comprendió que la clase de

enemigos con quien iba a habérselas era de lo peor que había tratado en su vida.

Gregg capitaneaba el grupo, llevando del brazo a Mark, el cual, con el revólver empuñado y los ojos inyectados en sangre, solamente pensaba en su venganza, sin pararse a meditar las consecuencias de su cobarde plan.

Omar, al distinguirle al frente de los grupos, rugió:

—¡Me lo figuré!... ¡Ese canalla de Mark no es capaz más que de esto; pero le juro que, si hay tiros, el primero va a ser para él!

Estoicamente avanzó algunos pasos, y cuando la nutrida y vocinglera manifestación se encontraba a treinta metros de la cárcel alzó la voz, gritando:

—¡Alto, manada de coyotes!... ¿Qué buscáis aquí?

Gregg se adelantó un poco con el revólver empuñado y contestó:

—De sobra sabe usted lo que queremos, Omar, y es tonto que se sienta heroico. Un canalla miserable ha matado a Cecil Ross y queremos a ese cobarde para aplicarle nuestra justicia.

Omar, sin intimidarse por el aire agresivo del mastodóntico vaquero, replicó:

—No digas idioteces, Gregg, y si hoy tienes vino de pelea, duérmelo, que te sentará mejor, porque conmigo no hay bravatas que valgan. Ese hombre es un presunto culpable, pero nada se ha demostrado contra él; por lo tanto, es al jurado a quien corresponde decir su última palabra.

—¡Tonterías, Omar! Hay interés en que ese hombre se salve y no estamos dispuestos a consentirlo. Entréguenoslo y le traerá mejor cuenta.

Él *sheriff*, temblando de indignación, preguntó:

—Oye, tú, ¿quién es aquí el *sheriff*? Yo represento la Ley y a mí no me dice nadie que intento falsearla.

—Bueno, es igual; usted dirá lo que quiera, pero queremos al preso y lo tendremos.

—¿Es que os merece más crédito la palabra de ese cobarde de Mark, que no ha servido para hacerle cara como los hombres? Si es así, adelante; pero al que pase de esta raya le recibiré a tiros.

En aquel momento, cuatro ayudantes más del *sheriff* se habían incorporado a sus compañeros; más en la palidez de sus semblantes y en el nerviosismo con que empuñaban las armas se adivinaba que su decisión no correspondía ni con mucho a la de su jefe.

Se situaron en la pequeña escalinata ante la puerta, con las armas prestas a disparar, y Omar, más animado por esta ayuda, gritó:

—¡Escucharme, manada de lobos! Yo os prometo que se nombrará un jurado que dictará un fallo justo. Dejar a la Ley que

ella decida y no pretendáis asumir sus funciones, porque no puedo consentirlo.

—¿Y si lo intentamos, qué va a pasar?

—¡Pues que me veré obligado a disparar sobre vosotros!

—¿Y serías capaz de matar a ciudadanos honrados por defender a un criminal?—preguntó Gregg.

—Defiendo la Ley contra quien intente vulnerarla. Nada asegura que sea un criminal y nadie puede asegurar que no será castigado si lo es.

Gregg, impaciente, adelantó unos pasos, diciendo:

—Bien, Omar, lo sentimos por ti, pero no podemos hacerte caso. Piensa lo que haces, pues si disparas un solo tiro, aquí hay doscientos hombres que saben disparar también.

—Bueno; pero se convertirán en unos criminales y alguien les ahorcará después. Pensarlo vosotros.

—¡Queremos el preso!

—Pues venid a tomarlo, más seréis los responsables de lo que suceda.

Decidido, retrocedió, y colocándose ante sus hombres, ordenó en voz baja.

—Si avanzan, disparar al aire. Veremos si se asustan.

—Me temo que ellos no lo hagan así, *sheriff*—balbuceó uno.

—Si eres un cobarde, vete—rugió Omar—, yo no quiero ayudantes de ese tipo.

El ayudante vaciló, y luego, dejando el rifle apoyado contra la puerta, se arrancó del pecho la insignia de ayudante y abandonó su puesto separándose del grupo.

Gregg rio estrepitosamente, diciendo:

—Tus ayudantes tienen más sentido que tú. ¿Qué esperáis vosotros para hacer lo mismo?

Dos imitaron a su compañero; pero los tres restantes se mantuvieron en sus puestos heroicamente.

—Peor para vosotros—rugió Mark, que tenía los nervios próximos a saltar— ¡Adelante! ¿Qué esperáis?

La masa avanzó en tropel. Omar hizo una seña y tres rifles y su revólver tronaron disparando a lo alto.

Por un momento, los asaltantes se detuvieron indecisos; pero, animados por Gregg, avanzaron impetuosamente.

Omar disparó de nuevo para no herir, pero una bala silbó junto a su oído. Entonces, frenético, ordenó:

—¡A dar!... ¡Nada de contemplaciones!

Su revólver buscó a Mark, mientras el de Gregg le buscaba a él. El *sheriff*, alcanzado en un hombro, rodó a tierra; pero Mark, herido en un brazo, lanzó un rugido de fiera.

—¡A prender la cárcel!—rugió—. ¡Traed petróleo!

Durante unos minutos tronaron los revólveres. Los tres ayudantes del *sheriff* cayeron heridos, arrastrándose para escapar de la barbarie de aquella enloquecida masa, mientras Omar, desde tierra, seguía disparando con furia.

Una nueva bala le puso fuera de combate y varios enfurecidos vaqueros le arrastraron de allí, apartándole de la puerta.

Varios enfebrecidos asaltantes aparecieron con sendas latas de petróleo, arrojándolas sobre las paredes del edificio, y pronto éste empezó a arder como una tea, en medio del regocijo de aquellos energúmenos, faltos de todo sentido de humanidad.

Un pandemónium de gritos y maldiciones se elevó en torno a la hoguera, y aquellos hombres, enfebrecidos por el ansia de sangre, bailaban cómo diablos frente a las llamas, mientras el pequeño edificio amenazaba con consumirse hasta sus cimientos.

Mientras tanto dentro de la cárcel se desarrollaba otra escena a tono con lo que estaba sucediendo fuera.

El carcelero, presa del mayor pánico, abrió la celda del preso, diciendo:

—Forastero, prepárese a morir de la manera peor posible: O le lincharán o le asarán vivo.

Sol, con los dientes apretados por el furor, replicó:

—¿Y Usted también está condenado a la misma pena?

—No sé; me temo que sí. Omar me dio orden de no abrir la puerta para nada y si esos salvajes penetran a la fuerza, temo que no respeten a nadie.

Sol, en cuyos ojos brillaba la hoguera de la rabia, ascendió al piso superior y trató de echar un vistazo por una de las enrejadas ventanas; pero dos balas, incrustándose en el marco, le advirtieron lo peligroso que era repetir el intento.

Su ira se veía aumentada al saberse desarmado para poder defender su vida, al menos matando, y sentía tentaciones de deshacerse del medroso carcelero y arrebatarle el revólver para abrirse paso entre aquella masa de asesinos y caer matando noblemente.

De súbito un resplandor rojizo se filtró a través de las ventanas y un olor a madera quemada cosquilleó en su nariz.

—¡Han prendido fuego a la cárcel!—gritó enloquecido el carcelero— ¡Nos van a asar vivos!

Dominado por el pánico, corría de un lado a otro, dando voces en las que pedía auxilio, y Sol, más nervioso por oírle que por su propia suerte, gritó:

—¡No sea cobarde y no grite tanto! ¿No hay medio de escapar de esta ratonera?

—Ninguno. La única salida es la de la puerta y está ardiendo.

Sol tuvo una idea.

—Asómese y dese a conocer. Quizá le ayuden a salir. Contra usted no tienen nada.

—No; pero tendrán miedo a que Usted se escape.

—¿Por qué? Me creerán encerrado. Intente asomarse.

El carcelero, sin saber qué hacer para salvarse, atendió el consejo y, sin tomar precaución alguna, se asomó a una de las enrejadas ventanas, gritando:



No pudo concluir...

—¡Por favor... salvar...!

No pudo concluir. Una bala bien dirigida se le clavó en la frente, derrumbándole como un fardo en el pasillo.

Sol, rechinando los dientes de ira ante aquel cobarde asesinato, se inclinó sobre el caído, el cual había muerto de modo fulminante, y al comprobar que nada podía hacer por él, tomó una determinación.

Recogió el revólver y las municiones del muerto y bajó al piso

inferior dispuesto a abrir la puerta y a hacerse paso a tiros entre aquella turba enloquecida.

Pero cuando lo intentó, tuvo que desistir. Las llamas penetraban por las ventanas del piso bajo y el pasillo era un infierno que impedía acercarse a la puerta.

Desesperado decidió intentar lo imposible por salvarse, y de nuevo alcanzó el piso superior.

Las llamas lamían ya la parte alta de la fachada, y al encontrar los vanos de las ventanas se filtraban ansiosamente por ellos, haciendo presa en las jambas que ardían como teas debido a la resequedad de la madera.

Desde fuera llegaban los gritos de salvaje alegría y los denuestos lanzados contra él, llamándole asesino, cobarde y docenas más de dicterios, y Sol sentía unas ganas terribles de asomarse y disparar a través de los huecos, eliminando a alguno de aquellos energúmenos; pero la prudencia le obligaba a reservar los proyectiles hasta última hora. Desesperado, recorría el pequeño edificio sin encontrar la forma de abandonarlo. Todas las ventanas poseían sólidas rejas y no tenía tiempo ni herramientas para forzarlas.

Fuera de sí, asfixiado por el humo que llenaba el edificio, volvió al piso inferior y alcanzó su parte trasera, deteniéndose ante una pequeña puerta de recia madera que no sabía a qué sitio conduciría, pero en la que fijó sus esperanzas de salvación.

Como loco, registró todo el piso hasta descubrir un hacha en la cocina, y armado de ella, empleando sus poderosos brazos, empezó a golpear sobre la puerta hasta rajarla.

Luego arrancó algunos tablones y se encontró en una especie de patio que conducía a otra puerta, también cerrada, que sufrió a su vez las terribles caricias del hacha. Cuando logró abrirse paso se encontró en un extenso almacén lleno de sacos de grano, condenados a servir de pasto a las llamas, y atravesando el barracón alcanzó la puerta de salida que daba a la parte trasera de la cárcel.

Una mohosa cerradura impedía la salida. Sol, ignoraba si frente a ella habría o no enemigos, pero tenía que correr el albur si no quería morir achicharrado.

Entre el crepitar del fuego, la caída de las paredes minadas por las llamas y los cientos de voces que atronaban los alrededores, estimó que podía aventurarse a descargar el hacha sobre la cerradura y sin vacilar, lo hizo, deshaciendo este último obstáculo, de tres formidables golpes. La cerradura cedió de su alveolo y la puerta quedó expedita.

Sol, amartilló el revólver con furia inusitada y en lugar de abrir de par en par, entreabrió la hoja echando un vistazo a través de la juntura.

Por aquella estrecha mirilla, descubrió a algunos individuos que cruzaban raudamente para darle vuelta al edificio y contemplar el incendio desde todos sus ángulos, pero al parecer, nadie había fijado preferentemente su atención en el almacén, creyéndole desligado de la cárcel.

No podía tardar mucho en decidirse. Las llamas harían muy pronto presa en el barracón y además de verse expuesto de nuevo a ser tostado, los incendiarios fijarían su atención en el cobertizo y harían más difícil la fuga.

Se iba a decidir a abrir y saltar fuera, cuando observó que, frente a la puerta, a unos diez o doce metros, se había detenido un jinete que contemplaba con curiosidad el incendio. No parecía armado y daba la sensación de ser un mero espectador de la tragedia.

Sol se trazó un plan inmediato, que puso en ejecución rápidamente.

Abrió la puerta con precaución, miró a derecha e izquierda, observando que los pocos espectadores que había en aquel lado estaban muy distraídos contemplando el siniestro, y con toda la agilidad de que era capaz, emprendió una loca carrera con dirección al jinete, el cual, al darse cuenta de la presencia de Sol, llevó la mano al pecho en busca de un arma; pero antes de que tuviera tiempo de emplearla, el fugitivo, tomándole de una pierna, le arrojó del caballo a tierra y de un salto imprevisto, ocupó su puesto en la silla.

El caído pudo sacar el revólver y disparar, aunque sin acierto, cuando ya Sol emprendía la huida a todo galope; el disparo atrajo la atención de los que al otro lado de la cárcel seguían con interés febril la propagación de las llamas.

Más de dos docenas de coléricos *cowboys* lanzaron sus caballos en pos del de Sol, galopando a derecha e izquierda de éste para cortarle el paso.

Confiando a la inteligencia del caballo la huida, se volvió en la silla y, con su certero pulso y puntería, se dispuso a imponer respeto entre los perseguidores.

En cabeza de éstos marchaba Gregg, el cual, por dos veces había disparado sobre Sol, rozándole las balas peligrosamente, y el fugitivo, estimando que dicho elemento era el más peligroso, afinó la puntería y disparó.

Gregg, alcanzado en pleno pecho, volteó del caballo como un indio y cayó a tierra, siendo pisoteado por los que corrían tras él. Estos tuvieron que detenerse un momento pana recoger al caído, cosa que Sol aprovechó para distanciarse más, y así, cuando quisieron ganar camino, ya el joven trotaba por delante, dejándoles rezagados, no sólo por su carrera sino por los efectos de su certero


revólver.

CAPÍTULO VII

UNA NOTICIA INESPERADA



OMO una ducha de agua fría para los exaltados habitantes de Milford fue la fuga inverosímil del preso. La inutilidad de sus salvajes esfuerzos, su exceso de fuerza agrediendo al *sheriff* y a sus ayudantes, la muerte del infeliz carcelero abrasado entre los humeantes escombros de la cárcel y las represalias a que se iban a ver expuestos más tarde, hizo que súbitamente, como ratas ante un naufragio, todos los valientes atacantes del edificio se escabullesen calladamente del lugar del siniestro, desapareciendo por las calles más próximas para esconderse en sus casas o ranchos y tratar de justificar más tarde su presencia lejos del lugar de la catástrofe, eludiendo con ello la severa responsabilidad que les incumbía.

Pronto el descampado quedó desierto y solamente Omar, medio desangrado a varios metros de la cárcel, el cuerpo acribillado a balazos de uno de sus ayudantes y algún curioso neutral que acudió a última hora atraído por las llamas ocupaban el espacio que poco antes fuera lugar de salvaje algarabía.

Los curiosos se apresuraron a tomar el cuerpo del *sheriff*, trasladándole al domicilio del médico de la localidad, quien se hizo cargo del herido, y el cuerpo del infeliz ayudante fue depositado en las oficinas del *sheriff* para que éste dispusiese lo que se debía hacer con él.

Cuando los incendiarios se retiraban más que aprisa del lugar de la catástrofe, Mark, rabioso y enloquecido, no sólo por el terrible dolor que sufría en el brazo sino por la derrota moral que le habían infligido, se retiró bramando de ira, en el momento en que Link acudía atraído por el resplandor del incendio.

AI enfrentarse con su padre, todo lívido y manchado de sangre, se lanzó sobre él sujetándole entre sus brazos y con la boca contraída por la rabia, preguntó:

—¡Padre!... ¡Padre!... ¿Qué ha sucedido?

—¡Se escapó, Link!... Se escapó como una maldita rata antes de que le ardiese el rabo. Omar el *sheriff* me ha herido de un tiro. Yo le

he herido también a él… No sé ahora qué va a suceder… Creo que debemos escapar…

—¡Nunca!—rugió Link—. Si has herido a ese asqueroso *sheriff* lo hiciste en legítima defensa, no lo olvides. En cuanto a ese cobarde forastero yo le buscaré. Te juro que le, buscaré y acabaré con él como con un lobo rabioso.

—No nos dejarán… Me buscarán para meterme en la cárcel.

—Yo te defenderé… No temas…

—¿Y Warren?… ¿Qué hará ahora Warren? Omar era amigo suyo… Él no quería hacer nada a ese maldito forastero hasta poder probar su crimen. Es un idiota. Posiblemente ahora…

—¡Calla!… Te conviene curarte lo primero. Te llevaré al rancho y cuando regrese me las entenderé con él. No te preocupes… ¿Dónde está ese imbécil?

—No lo sé. No habrá querido significarse por si acaso… ¡A él que le interesaba más que a nadie que!…

—¡Basta!… Vamos por tu caballo. Te conviene reposo.

El joven tomó a Mark del brazo y medio le arrastró hasta la puerta de la taberna, donde había dejado su montura. Luego le izó sobre ella y montando en la suya emprendieron el camino del rancho.

Warren, por su parte, estaba consternado. Habíase quedado en compañía del juez permaneciendo alejado del suceso y sólo cuando todo concluyó y se enteró de que el preso había huido y Omar, herido, era trasladado a manos del médico, se decidió, en unión del juez, a ir a visitar al *sheriff*.

Este había recibido un tiro en un hombro y el médico acababa de extraer la bala sin dificultad, dictaminando que la herida no era grave, aunque sí dolorosa y quizá de duración. La otra herida era sólo una rozadura.

Omar, dotado de una recia naturaleza, había vuelto en sí poco después de la operación y aunque el médico le prohibió hablar y recibir toda clase de visitas no se pudo negar a que el juez le visitara.

Cuando Omar vio entrar con él a Warren lanzó un suspiro hondo y murmuró:

—Me lo temía, muchacho. ¡Esto ha sido horrible!

—¡Horrible e inútil, Omar! ¡El preso se ha escapado!

Los ojos del *sheriff* se animaron al oírle y exclamó:

—¿De verdad? Pues ya tiene arrestos el mozo… No sé si alegrarme o sentirlo.

—¿Por qué?

—Porque presiento que la muerte va a andar a caballo por la región durante algún tiempo. Dudo que perdone a esos salvajes el

rato de tensión que habrá pasado.

—Alguien ha pagado ya sus culpas, Omar—añadió Warren—. Dicen que se ha cargado a Gregg.

—Pues habrá que darle una cruz —afirmó el *sheriff*—. No sabe el favor que ha hecho a Milford con ello.

Luego, con gesto doloroso, preguntó:

¿Y mis hombres?...

—Uno ha muerto, Omar. Los otros dos pudieron escapar con heridas, ignoro si graves.

—¡Pobre hombre!

—Habrá que preocuparse de él. Se trata de Peter Walley. Creo que deja viuda y una hija...

—Veremos qué se puede hacer. También la ley tiene sus víctimas. ¿Y tú tío? Si no he soñado al perder el conocimiento, le alcancé con una bala. Él fue quien me adjudicó este regalo.

Los ojos de Warren se endurecieron y afirmó:

—Creo que ha llegado la hora de prescindir de mi tío... Es trabajador y leal, pero demasiado agresivo y autoritario. Me cree siempre un chiquillo y ahora que ha muerto mi padre pretenderá ser mi dueño. Le facilitaré los medios para que viva por su cuenta, pero no le quiero en el rancho.

—No te preocupes, que en una temporada no será un estorbo para ti. No supondrás que le voy a dejar que se pasee después de lo que ha hecho...

—No puedo impedirlo, Omar. Aunque sea mi tío, ha faltado a la Ley y ha hecho armas contra usted.

—Recomiéndale que busque climas más sanos para él, pues en cuanto pueda levantarme iré en su busca.

—Gracias, se lo diré.

Warren quedó aquella noche a la cabecera de la cama del herido y solamente al siguiente día, cuando comprendió que no corría peligro y que otros podían cuidarse de él con esmero, decidió regresar al rancho.

Su equipo, por fortuna, no había tomado parte en el intento de linchamiento. Dolidos por la muerte de su patrón, decidieron quedar en el rancho como un homenaje a su memoria, y así podían librarse de toda acusación enojosa.

La llegada de Mark, herido, acompañado de su hijo Link, les extrañó, y cuando conocieron las causas de la herida se alegraron en su fuero interno, aunque se guardaron de exteriorizar sus sentimientos.

Lo que más les desagradaba era la presencia de Link, al que habían tenido como compañero de equipo y al que aborrecían por su agresividad, heredada de su padre; pero como aquello era cosa

de Warren, esperaron la llegada de éste para conocer sus intenciones.

La fuga de Sol ni les produjo indignación ni alegría. Como Warren, no estaban muy seguros de que se tratase realmente del asesino de Cecil y esperaban que posibles sucesos posteriores aclarasen los puntos oscuros para juzgarle.

Todo dependía de lo que hiciese el fugitivo. Si éste aprovechaba su libertad para escapar definitivamente, él mismo se acusaría de forma tácita; pero si quedaba por los alrededores ganoso de defender su nombre hasta descubrir al verdadero asesino, éste no lo iba a pasar muy bien, cayendo en manos de tan peligroso y viril elemento.

Cuando al día siguiente Warren llegó al rancho y se enteró de que en él se había aposentado Link, no se sintió muy satisfecho de semejante huésped. Temía tener que resucitar con él sus antiguas discusiones y bastante tenía sobre su ánimo con la muerte de su padre para tolerar nuevos disgustos.

Link, que se mostraba rabioso por la situación de su padre y por la poquedad de su primo, apenas se enfrentó con éste, exclamó:

—¡Eres un imbécil, Warren!… Has tenido que consentir que sea tu tío quien se juegue la vida por hacer que se cumpla la justicia en el asesino de tu padre, mientras tú te mostrabas al margen de un asunto tan capital. ¡No llevas en tus venas sangre, de la familia!

El joven tuvo que reprimir su ira para no contestar a su primo en la forma adecuada y se limitó a decir fríamente:

—Escucha, Link: cuando necesite hacer un análisis de la clase de sangre que llevo en las venas acudiré a los médicos o acaso al revólver, todo depende del humor con que me levante ese día. No autorizo a nadie para que se meta en mis asuntos, y si tu padre se ha sentido un héroe a destiempo yo no tengo la culpa. Sé cómo debo tratar mis propios asuntos y los trataré a medida de mi criterio, sin admitir consejos que no solicito. Métete esto en la cabeza y será mejor para todos.

Link rechinó los dientes y contestó:

—Está bien. La culpa la tiene mi padre por estúpido. Se ha preocupado demasiado de ti, sin merecerlo.

—Quizá sea cierto, pero no se lo agradezco; y ya que hablamos de eso, hay algo muy importante que decirle y se lo puedes adelantar. Aparte de que estoy decidido a no admitir ninguna clase de tutela y, por lo tanto, me sobra la suya, el *sheriff* de Milford me ha advertido que en cuanto esté en condiciones de levantarse vendrá en su busca para que dé cuenta ante quien corresponda de su intento de provocación contra el orden y de haber agredido al representante de la Ley. Creo que comprenderás lo que esto

significa. Por lo tanto, adviértele que vaya pensando qué clima será para él más beneficioso, y por mi parte estoy dispuesto a ayudarle económicamente para que no se vea sujeto a privaciones hasta que oriente su vida.

Link, temblando de coraje, repuso:

—Si ese fachendoso de Omar cree que puede cumplir su promesa, que venga a buscarlo; pero que cuente antes conmigo. En cuanto a tu generoso ofrecimiento, puedes guardártelo, lo rechazo.

—Tú, sí; pero quizá él no piense lo mismo. Házselo saber.

Luego, como si la cosa no tuviese importancia, preguntó:

—¿Piensas estar mucho tiempo aquí?

Link, altivo, repuso:

—¿Te estorbo, Warren? Terminarás por negar hasta que somos de tu familia.

—No, no es por eso, Link. No diré que me voy a revolcar de placer por tenerte de huésped, sobre todo cuando observo que no has cambiado y que sigues siendo el mismo sujeto agresivo y agrio que cuando te fuiste de aquí. Es que no estoy dispuesto a que si Omar cura pronto y viene a cumplir con su obligación nadie ose recibirle aquí de mala manera. Por eso es mi consejo de que tu padre no se descuide en elegir lugar donde cambiar de aires.

—Está bien, lo consultaré con él y en cuanto esté en condiciones de viajar nos iremos y para siempre. Si crees que porque hayas heredado cuatro dólares y un rancho puedes avasallarnos, te equivocas.

—Bien, no discutamos más. Estoy harto de riñas.

Y dando media vuelta, le dejó con la palabra en la boca.

Por la tarde, calmado su mal humor, estimó un deber visitar a su tío. A final de cuentas, equivocado o no, se había expuesto por una causa noble y no podía guardarle rencor por sus excesos belicosos.

Cuando penetró en la alcoba, Link, sentado a su lado, conversaba con él. Warren interrumpió la conversación y ambos enmudecieron al verle aparecer en el vano de la puerta.

—¿Cómo está usted, tío?—preguntó Warren.

—No me muero de ésta para darte gusto—repuso huraño Mark. No sé si más adelante me acertarán mejor.

—No se exponga, por si acaso. Será lo más prudente.

—Y también lo más cobarde.

—Bueno. ¿Quiere que dejemos la discusión? He venido solamente a saber de su salud.

—Gracias; pero en cuanto a discutir, siento no poder complacerte. Ya me ha dicho Link que de un modo muy político tratas de echarme de tu lado.

—Link dirá todas las falsedades que quiera—afirmó furioso

Warren—y yo no puedo impedírselo. La verdad es que no deseo verle en la cárcel para una temporada.

—Si eso sucede, será porque tú quieras. Tu amistad con Omar puede echar tierra al asunto,

—Omar no se vende como esos *sheriffs* desaprensivos que abundan por ahí. Aparte esto, le ha metido usted dos onzas de plomo y eso no se lo, perdona a nadie.

—Bien, sea como sea, me echas. Lo siento por ti, que te verás privado de mis consejos y de mi ayuda, al menos que ahora digas que no te sirve para nada...

Warren iba a replicar cuando el cocinero se presentó con una carta para el joven. Este la tomó intrigado, observando que el sobre poseía el membrete del Banco de Zenda.

—¿Qué diablos querrá el director del Banco?—murmuró el muchacho mientras abría la carta.

Mark y Link le siguieron con la mirada mientras leía, observando en su rostro un gesto de asombro.

—¿Qué sucede?—preguntó Mark.

—Algo extraordinario, tío. Escuche.

Y leyó el contenido de la misiva, que decía:

> «Al señor Warren Roos.
>
> «Muy señor mío:
>
> »Ha llegado a mi conocimiento el alevoso asesinato de su querido padre, por lo que le doy mi más sincero pésame, asociándome a su dolor sinceramente, ya que el señor Roos (q. e. p. d.) era todo un caballero y uno de los hombres más simpáticos y buenos de la región.
>
> »Las noticias vagas que han llegado a mí sobre el motivo del crimen me obligan a escribirle ésta, para aclarar un poco el caso, y al tiempo para ponerle en antecedentes de algo que le interesa. A su padre no le pudieron robar esa cantidad de treinta mil dólares que se asegura, por la sencilla razón de que veinticinco mil los depositó en este Banco la misma tarde que cobró el importe de las reses de manos del señor Kosning.
>
> »El señor Roos, que debió presentir lo que le iba a suceder, o sospechó que pudiera sucederle, me entregó dicha cantidad para que se la guardase hasta nueva orden, y yo le entregué un recibo por veinticinco mil dólares, recibo que por lo que sospecho desapareció, ya que no he recibido noticia alguna de usted respecto a dicha cantidad.
>
> »Como usted, por ser el único heredero de su padre, tiene derecho a conocer el caso, y a disponer de tan importante

suma, le comunico lo sucedido, y al tiempo le manifiesto que, con resguardo o sin él, la tiene a su disposición, siempre que lo desee, y en caso contrario indíqueme qué hago con ella, pues la recibí como depósito casi personal y no como un ingreso en su cuenta.

«Reiterándole mi más sincero pésame, quedo de usted affmo. s. s. y amigo,

Gerald Varice.»

Los tres se miraron con el más vivo asombro reflejado en el semblante, y Mark, rompiendo el silencio que reinó durante unos segundos, exclamó:

—¡Parece una novela! ¿Qué opinas de esa carta?

—Muchas cosas — afirmó Warren—y una de ellas es que el asesino no estaba bien informado. Si sabía que iba a cobrar esa cantidad no supo que se previno contra un atraco, y si no lo sabía, le mató al albur, creyendo que llevaba dinero encima.

—Pero eso no exime que ese odioso forastero pueda ser el criminal. Al contrario, me afirmo en la idea de creer más que nunca que fue él.

—Dejemos eso, tío. Algún día se sabrá la verdad.

—Lo dudo mucho, Warren—replicó Mark—. Y ahora, ¿cuál es tu idea?

—No sé, no tengo ninguna.

—Pero debes formártela. Ese dinero, como está situado, no produce ni tiene situación legal. Es un depósito casi particular. Si Vanee hubiese querido podía guardárselo no existiendo el recibo. Tienes que hacer algo.

—Claro que tengo que hacer algo... El recibo... ¡qué extraño que no pareciese en la cartera! ¿Para qué lo querría el asesino si no podía retirar el dinero?

—¡Lo habrá destruido de rabia! —afirmó Link.

—Quizá pensó que, ya que no podía apropiárselo, mejor era que se perdiese.

Se discutió mucho la solución y, al final, Warren optó por marchar al día siguiente a Zenda a recoger los veinticinco mil dólares.

—¿No los dejas en el Banco de Zenda?—advirtió su tío.

—No; porque nuestras mayores operaciones se realizan a través del de Milford. Dentro de unos días debo abonar una suma relativamente importante por piensos de invierno y es en Milford donde debe ser pagada.

Terminada esta discusión, Link se dirigió a Warren, diciendo:

—Escucha; he discutido con mi padre el asunto, y aunque lo

lamenta, comprende que su situación aquí es peligrosa, al menos de momento. Su herida no es grave y quizá dentro de poco pueda viajar a caballo y marchar de aquí en busca de un «clima más sano», al menos hasta que se olvide lo sucedido. Su afán es el de quedarse hasta que el asunto de la muerte de tu padre se aclare y se haga justicia, pero se marchará. Yo he decidido buscar un sitio un poco oscuro donde refugiarle. Campell está en Marysvale, al otro lado del río, donde ha ido a tratar de la colocación de una punta de ganado muy buena y voy a reunirme con él. Con la comisión que me dé si hace buen negocio, puedo ayudar a mi padre a pasar una temporada, tranquilo.

—Ya te he dicho—interrumpió Warren—que cuente con mi ayuda. Le proporcionaré lo que necesite.

—Bien, ya te diré cuánto, pues todo depende de lo que yo cobre. Espero que dentro de dos o tres días todo esté resuelto y pueda volver y llevármelo.

—¿Te vas entonces?

—Si. Voy a bajar esta noche a Milford a resolver unos asuntos y a enterarme cómo están los ánimos, y mañana a primera hora partiré para Marysvale.

—Pues que lleves buen viaje —dijo Warren satisfecho de la determinación de su primo.

—Y tú, que arregles tus asuntos y, sobre todo, que se aclare quién asesinó a mi tío. Eso es lo más urgente.

Y dispuesto a marchar, bajó a los cobertizos en busca de su caballo.

CAPÍTULO VIII

LA HISTORIA SE REPITE



NA dramática y emocionante carrera de Sol, consiguió se distanciase de sus perseguidores. E1 joven se sentía preocupado por su situación angustiosa. Seguramente se organizarían batidas a fondo para perseguirle, y como desconocía el terreno no sabía dónde refugiarse con seguridad que le permitiese moverse a su gusto para realizar gestiones aclaratorias del crimen.

Después de seguir corriendo varias millas derivó a su derecha hacia unas cortadas que podían brindarle un mediano asilo. No era un excelente refugio, pero si mejor que la llanura.

Allí dejó que su caballo descansase secándole el sudor y permitiéndole beber agua cuando se serenó un poco, y admiró, la resistencia del noble animal, que tan casualmente se había procurado.

Lo malo era que ahora le acusarían también de cuatrero, hecho que no podia desvirtuar y que sólo podría ser soslayado si encontraba al verdadero asesino y justificaba que lo había empleado no sólo en una defensa justa, sino en contribuir al triunfo de la Ley.

Después de descansar y ya cuando las sombras de la noche tendieron su manto, decidió avanzar hacia el lugar donde se hallaba enclavado el rancho de Warren. Posiblemente no se les ocurriría registrar aquellos lugares y no le parecían malos para esconderse en ellos.

La nieve se había casi fundido con el sol, y, aunque el terreno estaba embarrado, las huellas no quedaban claras en aquellos charcos tan diluidos.

Cuando alcanzó la senda era ya de noche, y subiendo con cuidado, bordeó la sima y, en lugar de dirigirse hacia la izquierda, camino del rancho, bajó por la derecha siguiendo un estrecho sendero que descendía violentamente. A un cuarto de milla descubrió, tendido sobre la sima, un rústico puente de troncos de árbol deficientemente unidos, pero que permitían el paso de una caballería y curiosamente le cruzó pasando al otro lado.

Más allá se extendía un tupido bosque que crecía entre depresiones del terreno, y cuando alcanzó una eminencia, desde ella descubrió las luces del rancho en una hondonada.

Aquello quería decir que se podía llegar a la hacienda por dos caminos distintos, cosa de tener en cuenta.

En una especie de cueva durmió desasosegado toda la noche, con el caballo bien trabado a un árbol y de mañana examinó el terreno.

No se había equivocado en su suposición. Una senda entre los árboles bajaba en cuesta alcanzando los pastos por su lado derecho. Aquello indicaba que se pudo llegar al rancho por aquel lado, e incluso salir de él y llegar a la senda sin cruzar el camino general.

Pero preocupado con otras cosas, volvió sobre sus pasos hasta llegar al lugar donde, según las huellas, se había iniciado el drama.

La nieve casi se había derretido. Quedaban algunas manchas blancas en lugares resguardados del sol, pero la senda aparecía despejada.

Escondió el caballo entre unos arbustos y avanzó hasta que, en mitad de la cuesta, al pasar ante un árbol que se cruzaba en ella, algo llamó su atención, obligándole a detenerse.

El día del crimen el viento soplaba del Oeste, arrastrando la nieve en dicha dirección, y aquélla, al caer sesgada, quedó adherida a los troncos de los árboles en la parte que daba hacia donde soplaba el viento, cubriéndoles de una tupida capa blanca.

Pero ahora, libres de nieve, mostraban los troncos lisos, aunque algo húmedos y al fijar distraídamente sus ojos en el de aquel árbol, algo en él llamó su atención.

La corteza aparecía a una altura de unos dos metros desconchada y en la parte descubierta brillaba algo pequeño y redondo.

Sol volvió por el caballo y montado en él se acercó al árbol, descubriendo con alegría que el objeto que había llamado su atención era un proyectil clavado en el tronco. Con la navaja trabajó para desclavarlo, y cuando consiguió su objeto y tuvo en la mano el proyectil, observó que se había aplastado al chocar con la fibra, pero conservaba sus características reconocibles.

Sol, gran experto en toda clase de proyectiles, no dudó en afirmarse a sí mismo que se trataba de un proyectil de rifle, pero no de un rifle corriente, sino de uno de marca poco usada. Aquella bala había sido disparada con un «Springfield», arma no muy vulgar entre los vaqueros. Aquello era un descubrimiento. Si localizaba en el rancho a alguien que usase tal marca de rifle podría tener mucho adelantado en sus pesquisas.

Volvió a esconder el caballo y alcanzó la sima, estudiándola

atentamente.

Fue entonces cuando descubrió algo chocante. La sima presentaba un corte vertical algunos metros más abajo del lugar por donde había sido arrojado el cadáver, y este corte que parecía ir a caer en la sima, torcía bruscamente a la derecha, como una fisura angosta que en cuesta violenta descendía rozando la sima algunos metros por debajo del borde, pero perfectamente practicable para el paso de un caballo llevándole con cuidado para que no se escurriese y fuese a parar al fondo.

Valientemente, se internó por aquella especie de cornisa y la siguió durante más de doscientos metros, hasta que, de nuevo, en ascensión suave, volvió otra vez fuera de la sima entre una maraña de arbustos y no muy lejos del puente por donde antes había cruzado.

Sol se mostraba radiante de alegría. Ahora había descubierto la misteriosa desaparición del jinete. Este, conocedor del terreno, había borrado sus huellas al borde de la sima cruzando aquel paso peligroso para salir al puente y cruzarlo al otro lado, sin dejar rastro que permitiese localizarle.

Cada vez se afianzaba más en su idea de, que el asesino era gente afecta a la hacienda y se proponía hacer averiguaciones a fondo para descubrirlo.

Después de desandar el camino regresó a su escondite y durante el día vigiló muchas veces el rancho, sin descubrir nada anormal en él.

Pero al día siguiente, cuando se proponía acercarse a él por su camino normal, se detuvo en el estrecho paso descubierto, agazapándose para evitar ser sorprendido. Había captado los pasos de un caballo y temía que se estuviesen practicando registros por aquel lado para localizarle.

Con el revólver empuñado, esperó ansiosamente hasta que, asomándose con prudencia por el borde de la cortada, descubrió la personalidad del jinete.

Era este Warren, el cual, bien arrebujado en su manta de viaje para cubrirse del frío, parecía salir para algo más que dar un paseo.

Sol le vio partir, y al cruzar el caballo próximo a él, descubrió colgado en la silla el rifle, que examinó con ansia, pero quedó decepcionado. Warren no usaba un «Springfield». Cuando le perdió de vista, se preguntó hacia dónde se dirigiría y, acuciado por una irrefrenable curiosidad, decidió seguirle.

Contra lo que sospechaba, no tomó el camino de Milford, sino el contrario, y esta extraña ruta le decidió a vigilarle con tesón.

Manteniéndose a gran distancia para no ser observado por él, siguió su mismo camino durante mucho tiempo, y por fin

comprendió el objetivo de su viaje: Warren iba a Zenda. Pero, ¿por qué allí? ¿Iría en plan de negocios o le guiaría algún otro motivo que no podía sospechar?

Sin decidirse a pensarlo, siguió tras él y era mediado el día cuando daba vista a la población.

De modo sensible, apretó el paso y cuando alcanzó los arrabales, Warren subía por la cuesta que formaba la calle principal, que a la par era la carretera que conducía hacia el Norte.

Confundido con los grupos que transitaban por las calles, y con las alas del sombrero inclinadas para no ser reconocido, siguió al joven ranchero, el cual, después de cruzar diversas callejuelas, penetró en un edificio que hacía esquina a dos calles.

Sol, dotado de buena vista, leyó el rótulo que se balanceaba sobre la puerta y se explicó muchas cosas. Warren iba al Banco de Zenda, quizá a por dinero, ya que el robo cometido en la persona de su padre le había privado de fondos para sus necesidades.

Un poco desencantado por el descubrimiento, quedó perplejo sin saber qué hacer y, por fin, tuvo una inspiración. Al subir, había pasado por delante de la posada-taberna donde pernoctara la noche antes de alcanzar el rancho, y estimando que no era conocido de nadie y que podría impunemente tomar algún alimento allí, decidió entrar.

Estaba seguro de que Warren debía regresar por el mismo camino y que, al hacerlo, pasaría por delante de la posada, pudiendo descubrirle a través de los empañados cristales de las ventanas.

Dio la vuelta desandando el camino, y ante el tinglado de madera levantado frente a la puerta, detuvo su caballo y se apeó.

Al hacerlo, echó un vistazo a las varias monturas que había trabadas junto a la puerta y un estremecimiento agitó sus nervios.

Acababa de descubrir un caballo ruano, fuerte y poderoso, en cuya silla se hallaba atravesado un rifle «Springfield» El dato le sobresaltó. No quería decir nada, pero estaba obsesionado con el arma y descubrir una siquiera, le encendía la sangre como a los galgos el olor de la liebre. Se aseguró de que su revólver funcionaba perfectamente y penetró en la taberna.

Esta se hallaba bastante concurrida, aunque no llena. Algunos vaqueros y granjeros saciaban su apetito charlando y riendo con estrépito, y su entrada pasó desapercibida. Inquisitorialmente revisó el rectángulo y al descubrir vacía una mesa junto a una de las ventanas, se apresuró a sentarse junto a ella, tomando como atalaya la vidriera.

El tabernero acudió solicito, preguntando qué deseaba y como al parecer no le reconociese, quizá debido al efecto de contraluz y a

las caídas alas de su sombrero, Sol no se esforzó en hacerse conocer y se limitó a pedir un excelente guisado. Mientras le servían, curioseó a los clientes, y al fijar su mirada al frente, en la misma línea de mesas que la que él ocupaba, sus ojos se posaron con insistencia en el cliente que ocupaba la mesa más adelante de la suya pegada a la ventana más próxima.

No sabía por qué, pero aquel individuo atraía su atención. Aunque estaba de espaldas, creyó reconocerle de haberle visto en algún lugar no hacía mucho tiempo y se esforzaba en vano por recordar.

El individuo consumía una botella de *whisky* y parecía muy preocupado con lo que sucedía fuera de allí, pues no quitaba su vista del vidrio del ventanal.

Sol había dado comienzo a su yantar, preocupado en recordar al cliente, cuando de pronto pareció recibir una luz de recuerdo que le aclaró sus dudas. ¡Ahora recordaba!... Aquellas anchas espaldas, aquel pañuelo rojo atado al cuello, aquella camisa de cuadros verdes, aquel sombrero gris de alas caídas y aquella chaqueta de cuero rojizo le recordaban al individuo que cierta tarde antes había descubierto en aquel mismo sitio, cuando por vez primera penetró en la taberna.

Aclaradas sus dudas, pareció perder interés por él. Si le resultaba chocante encontrárselo de nuevo igual le hubiese chocado al cliente tropezarse con él allí mismo, al cabo de dos o tres días.

Pero la actitud misteriosa observada dos veces en él le martirizaba. Tanto aquella tarde como ésta, parecía muy preocupado con vigilar la calle, y esta vigilancia extremada podía tener algún interés misterioso.

Mientras comía, no le perdió de vista. Se sentía intrigado por su quietud y atención hacia el exterior y se había propuesto averiguar cuál era el motivo.

Terminada la comida, encendió su pipa, y no sabiendo cómo justificar su permanencia en el local, se acercó al mostrador y pidió un refresco.

Luego, clavando la mirada en la puerta, por cuyo vano se, bocetaba la silueta del caballo que tanto había atraído su atención, preguntó al tabernero a media voz:

—¿De quién es ese caballo ruano? Parece un animal sólido y resistente.

—Sí, ya me he fijado en él. Pertenece a ese cliente que está sentado junto a aquella ventana.

El detalle acabó de intrigarle. Era demasiado misterio aquél y el hecho de pertenecerle el rifle «Springfield» acababa de ponerle en guardia.

Iba a decir algo cuando el cliente se puso en pie y, como había abonado el gasto, salió con apresuramiento sin apenas saludar.

Sol, impulsado por un instinto misterioso, le siguió con la mirada. Aunque no pudo verle bien la cara, le pareció un joven enérgico y recio, de gran fortaleza y virilidad. Luego se acercó al ventanal para seguirle contemplando, y fue entonces cuando todo su cuerpo sufrió un estremecimiento fulminante.

El cliente, vuelto de espaldas a la calle y oculto por el cuerpo del caballo, parecía revisar sus patas, como si temiera que hubiese sufrido algún accidente en ellas; pero, en realidad, lo que hacía era ocultarse para no ser visto por los que cruzaban la calle.

Al registrar la calzada buscando a la persona que pudiera tener interés en conocer la presencia de aquel ser misterioso, sufrió un terrible sobresalto. En aquel momento la airosa silueta de Warren, que había desembocado por una de las calles transversales, seguía calle adelante para dar la vuelta y seguir el camino hacia el Sur.

Sol se quedó extático sin saber qué hacer; pero pronto tomó una decisión: el misterioso cliente, apenas pasó de largo Warren, montó a caballo y a paso lento para distanciarse del ranchero, siguió su mismo camino.

Sol creyó adivinar algo trágico en aquella escena. Cecil Roos había muerto días antes cuando precisamente cruzó por aquel mismo lugar, y en el mismo se encontraba acechando la calle el mismo cliente, y ahora, al cruzar Warren, se repetía la escena.

Por si faltaba algo al cuadro de sospechas, el incógnito poseía un rifle «Springfield», arma con que había sido asesinado Cecil, y todo esto unido decía algo siniestro que Sol creyó ser una pista para aclarar el suceso.

Ya no le cabía duda que alguien se había propuesto eliminar a padre e hijo, y que sabedor de que éste debía cubrir el mismo camino que el muerto, se preparaba para eliminarle de la misma forma que había eliminado a Cecil.

Sol sonrió siniestramente. Algo supremo le había inspirado seguir a Warren hasta Zenda, y estaba seguro de que iba a descubrir muchas cosas y seguramente a frustrar un nuevo crimen preparado con habilidad y astucia.

Calmosamente, montó a caballo, y por la misma ruta seguida por Warren y el misterioso joven, puso a su caballo. Tenía que maniobrar con prudencia para no descubrirse y poder seguir sin perder de vista tanto al ranchero como a su misterioso seguidor.

La tarde empezaba a nublarse densamente, amenazando con nuevos torbellinos de nieve. Rebaños de nubes moradas y de un gris acerado corrían desordenadamente por el cielo, empañándole intensamente y una oscuridad prematura empezaba a envolver el

paisaje.

A Sol le agradó esta circunstancia. Con ella, la visibilidad sería más difícil y corría menos peligro de ser descubierto.

El viento, un viento frío del Norte que soplaba de espaldas, azotaba como un látigo, y los viajeros se vieron obligados a arrebujarse en sus mantas para preservarse de sus fieros zarpazos.

A un trote medio, guardando prudentemente las distancias entre sí, caminaban los tres viajeros siguiendo el camino común, que más tarde debía dejar a un lado para tomar la senda que conducía al rancho, y Sol, con los dientes apretados por el furor y una luz mortal en los ojos, avizoraba el paisaje para no perder de vista a su perseguido. Temía que un momento propicio, pudiese intentar deshacerse de Warren y tenía que evitarlo, pero no quería intervenir hasta el momento propicio en que le cogiese con el rifle amartillado para llevar a término su fatal designio.

Así caminaron durante las ocho millas que separaban Zenda de la senda del rancho, y cuando al fin ésta se iniciaba en el camino general, el misterioso jinete avivó el paso de su cabalgadura, y Sol, adivinando que había llegado el momento dramático, empuñó su revólver y lanzó el caballo a todo galope.

CAPÍTULO IX

EL QUE A HIERRO MATA...



ASTANTE rato hacía que la nevada, que había empezado a caer lentamente, había cuajado una milla antes de alcanzar la senda; pero ahora, compacta, silenciosa, formada por grandes copos que revoloteaban mecidos por el viento, empezaba a formar una tupida cortina que borraba el camino a algunos metros diluyendo el paisaje a través de un velo sutil que a cada momento adquiría más densidad.

Sol, temiendo perder de vista a los protagonistas del futuro drama, avivó más aún el paso de su caballo y cuando por fin lograba descubrir el comienzo de la senda para lanzarse por ella, un estampido seco que quedó amortiguado por el caer de la nieve, rompió el blando silencio que reinaba en torno de él, y el joven, lanzando un terrible juramento, avanzó a todo galope con el revólver en la mano, buscando entre la nieve al osado criminal.

Como un eco, vibró un nuevo disparo que Sol localizó como de un revólver y un tercero más cerca, correspondiente a un rifle, y una sombra movible que avanzaba delante de él, se boceto a través del tupido velo, denunciándole la presencia del misterioso sujeto.

Sol le reconoció por el color del caballo y, sin dudar un momento, levantó el brazo y disparó.

El sujeto lanzó un rugido de dolor y se volvió en la silla buscando a su agresor. Había dejado caer el rifle y empuñaba dos enormes *colts*, con los que disparó casi a boca de jarro sobre Sol, que se le iba encima.

El valiente joven, que había adivinado su acción, se pegó al cuello del caballo sintiendo silbar las balas por encima de su cabeza, y extendiendo el brazo sin erguirse, volvió a disparar de nuevo.

El desconocido rugió dolorosamente y trató de sostenerse en la silla; pero falto de fuerzas, cayó a tierra sobre el blanco manto que se iba formando.

Sol se arrojó del caballo con el revólver empuñado y avanzó

hacia él; pero el sujeto, rabioso y con vitalidad suficiente para la defensa, le buscó desde el suelo disparando con saña.

Fue un milagro que Sol pudiese evitar el impacto a la distancia que se encontraba; pero de un salto formidable se apartó de la trayectoria de los proyectiles, tirándose a tierra.

Su primer impulso fue el de acribillar a balazos al audaz asesino, pero desistió. Le necesitaba con vida para obligarle a declarar su crimen y no le interesaba darle muerte.

Arrastrándose por la nieve y disparando cerca de él para asustarle, evadió como pudo los disparos de los revólveres del agresor, contando el número de detonaciones.

Cuando la última de ambos cargadores silbó en el aire, se levantó como una fiera y antes de darle tiempo a cargar de nuevo las armas, cayó sobre él, atenazándole por la garganta, no sin que el implacable criminal se defendiese hasta agotar sus últimas energías.

Cuando al fin vencido, con la boca espumeante de rabia y del esfuerzo realizado se dejó dominar, miró con ira infinita a su vencedor y rugió:

—¡Maldito seas mil veces! ¡No siento morir en la horca, sino irme del mundo sin llevarte por delante de mí!

Examinaba Sol con rabiosa curiosidad las facciones del desconocido, cuando captó a su espalda el rumor de unos pasos crujiendo sobre la nieve y se volvió en guardia con el revólver preparado; pero al reconocer al que se acercaba, cambió de actitud.

—Parece que esta vez he llegado más a tiempo, ¿no opina usted así, señor Roos?

El joven, que aparecía pálido, desencajado, sangrando por un hombro y con las huellas del dolor acusadas en el semblante, se quedó atónito al descubrir la personalidad de su salvador y balbuceó:

—¡Usted... señor King!

—No lo esperaba, ¿no es cierto? Espero que ahora creerá mi cuento, sobre todo teniendo ante usted al verdadero criminal. ¿Quiere acercarse y decirme, sí reconoce, a este heroico y buen mozo?

Warren, que parecía próximo a caer a tierra desfallecido, guardó un hosco silencio y el caído, que se debatía inútilmente bajo la recia presión de Sol, barbotó:

—¡Habla, Warren, habla...! ¡Si estás deseando decirlo! ¡Dile a este coyote del infierno quién soy yo!

Warren, galvanizado por las palabras de su agresor, se irguió exclamando con furor:

—¡Link Tadder...! Siempre te creí un mal bicho, pero jamás te supuse capaz de asesinar a los de tu propia familia, ¡Eres el reptil

más repugnante que se arrastra por el mundo!

Sol, asombrado, miró a Warren, exclamando:

—¿Cómo? ¿Este sapo es de su propia familia?

—Sí, por desgracia. Es Link Tadder, hijo de mi tío Mark...

Sol, como si hubiese recibido una bofetada en pleno rostro, dejó caer el puño sobre la boca del caído, rugiendo:

—¡Ah, miserables! ¡Con que estabais en combinación para deshaceros de vuestra familia quizá con intención de heredar sus bienes! ¿Y es por ti por quien he estado yo expuesto a ser abrasado vivo? ¡Por todos los dioses, que me he de cobrar el mal rato sufrido de una manera que la recordaréis en el infierno toda vuestra otra vida!

Luego, encarándose con Warren, añadió:

—¿Dónde estaba metido este reptil venenoso que no apareció durante tan desagradables sucesos? ¿Cómo pudo intervenir en ellos sin que usted sospechase nada?

—No lo sé—balbuceó Warren—. Le creía muy lejos de Utah cuando mataron a mi padre. Se presentó en el rancho durante el entierro, diciendo que acababa de saber la desgracia y venía a darme el pésame... Nunca fue persona grata de nosotros... Mi padre le echó del rancho hace dos años, por belicoso y pendenciero y por haberle levantado la mano. Le creíamos rodando por el Oeste.

—¡Ya, y el canalla estaba en combinación con su padre para eliminarles!... Ahora lo veo claro, pero ¡por mi vida que pagarán ambos con creces sus maldades! ¡Habla, bicho repugnante! ¡Habla y confiesa la verdad, si no quieres que te martirice peor que lo haría un indio!

El caído rechinó los dientes, murmurando:

—¡Nunca...! Podéis hacer de mí lo que queráis, pero ¡no hablaré!

—Bien. Eso lo vamos a ver ahora mismo. Warren, creo que le convenía regresar al mucho a curarse. Está usted sangrando...

—No. Si están los dos en combinación, despertaría las sospechas de mi tío y ¡tendría que matarle por mi propia mano para no dejarle escapar! La herida no es grave. Le sentí trotar tras de mí y pude prevenirme, aunque tarde, Espero curarla después.

—Bien, en este caso póngase unas compresas de nieve, lávese bien la herida y véndesela como pueda, pero retírese de mí. Voy a obligar a que este gallo cante, aunque pretenda haberse quedado mudo.

—¿Qué intenta usted? —preguntó inquieto Warren.

—No se preocupe. Esto es asunto mío y nadie podrá impedirme que actúe como mejor crea. ¡Hágame caso!

Arrastró a Link hacia unas rocas que se erguían a la derecha del camino y sacando el cuchillo se lo aplicó a la garganta, diciendo

amenazador.

—¡Habla, o te lo clavo centímetro a centímetro!

—Mejor. Estoy deseando morir. Con eso me ahorraré mayores tormentos.

Link, estoico, aguantó un agudo pinchazo en la garganta, y Sol, temiendo que fuese capaz de resistir, apeló a otro procedimiento.

En la oquedad de la roca, el viento había reunido ramas y hojas que se encontraban secas, y amontonándolas en el misino hueco las prendió fuego.

Luego descalzó al herido de un pie y acercándoselo al fuego, rugió:

—¡Te juro por mi vida, que te lo achicharraré como pretendieron achicharrarme a mi si no hablas!

Link, lívido y desfallecido, pretendió resistir, pero cuando las llamas lamieron sus carnes produciéndole la sensación de cuchillos lacerantes, no pudo aguantar el tormento y murmuró:

—¡Hablaré...! ¡Hablaré...! ¡Por Dios, basta ya!

Sol retiró el pie del fuego y dijo:

—¡Habla...!

Durante más de un cuarto de hora, el herido, con voz fatigosa, hizo su declaración y cuando terminó, Sol advirtió:

—La necesito por escrito y me la vas a dar. Yo la redactaré y tú la firmas.

El herido cerró los ojos medio agotado, y Sol, sacando de su pecho un cuaderno de notas, escribió durante un buen rato. Luego, acercándose al herido, leyó en voz alta:

—«Yo, Link Tadder, hijo de Mark, y sobrino de Cecil Roos, en pleno uso de mis facultades mentales y con conocimiento de lo que digo, declaro:

«Que soy el único responsable de la muerte de mi tío Cecil Roos, a quien asesiné en la tarde del 12 de enero, después de seguirle desde Zenda, donde sabía que había ido a cobrar treinta mil dólares.

«Declaro asimismo que una vez muerto me apoderé de su cartera, en la que sólo había 5.000 dólares y un recibo que acreditaba que el resto quedaba en depósito en el Banco de Zenda, recibo que guardo en mi cartera.

«Después de arrojar el cadáver a la sima que bordea la senda del rancho y dejar la cartera como falsa pista, con cien dólares, hui por una senda oculta en la misma sima, senda que yo conocía bien, y al día siguiente me presenté en el rancho, fingiendo acabar de enterarme de la muerte de mi tío.

«Confieso asimismo que esta muerte y este intento de robo lo

planeé, de acuerdo con mi padre, quien me informó de que mi tío iría a cobrar dicha cantidad a Zenda. Mi padre odiaba como yo a mi tío y quería hacerse con parte de su capital para abandonar el rancho y establecerse en otro lugar del Oeste.

«Confieso también que, al fallar el golpe, me puse de acuerdo con él y al tener conocimiento de que mi primo Warren iría en el día de hoy a Zenda a retirar el resto del dinero, marché por delante de él espiándole, y le seguí con intención de matarle y robarle el dinero para huir con mi padre, perseguido por el *sheriff* de Milford, y que conseguí herirle en un hombro, pero no pude matarle, porque un forastero llamado Sol King, a quien se le acusó de ser el autor de la muerte de Cecil, mi tío, me descubrió en Zenda, me siguió e intervino en el momento trágico, hiriéndome e impidiendo que eliminase a mi primo.

«Juro ante Dios que ésta es la verdad; que dicho forastero, llamado Sol, no intervino en la muerte de mi tío y que sólo mi padre y yo somos responsables del crimen.

«Y para que conste a los efectos de la ley, firmo esta declaración, siendo testigo Sol King, y me ratifico en ella a sabiendas del castigo que me espera.

«Utah, a 13 de enero.»

Cuando Sol terminó la lectura, Link rechinó los dientes bramando:

—¡No firmaré eso...! ¡Mátame, pero no firmaré! -¿Cuál es su idea?—preguntó

—Está bien—repuso Sol—espero que ya cambiarás de opinión.

Tiró de él bruscamente y volvió a arrimar su pie a las llamas. Estas lamieron las carnes, y Link lanzó un bramido de dolor sin que Sol se conmoviese.

Durante un rato aguantó el espantoso suplicio, pero vencido y próximo al desmayo, murmuró:

—¡Firmaré, pero... mátame ya de una vez!

Sol le entregó el lápiz, y el herido puso su nombre debajo del último párrafo, quedando luego semiinconsciente.

Sol le dejó sobre la nieve y, acertándose a Warren, dijo:

—Todo arreglado, señor Roos. Aquí tengo la declaración firmada. Ahora, vamos al rancho.

—¿Cuál es su idea? —preguntó el joven nervioso.

—¿Cuál va a ser? ¿O acaso por tratarse de sus parientes, piensa usted mostrarse menos riguroso que si yo hubiese sido realmente el asesino? ¿Ha olvidado ya usted a su padre o al infeliz ayudante del *sheriff*, así como al carcelero que murieron víctimas del egoísmo y la barbarie de este par de alimañas?

—¡No! —exclamó el joven con energía—. Juré no parar hasta descubrir a los verdaderos asesinos y no me importa quiénes sean. Tiene Usted libertad para obrar como le parezca, pues nadie con más razón para ello.

—Gracias—dijo Sol—. No esperaba menos de usted.

Cargó el inanimado cuerpo de Link atravesado sobre su caballo y ayudó a Warren a montar en el suyo, y rápidamente se dirigieron al rancho.

La nieve seguía cayendo pertinaz, cubriendo la senda de una blanca capa, y el aire, frio y cortante, se metía en los huesos, obligando a Warren a quejarse de la herida.

—Ahora la desinfecta usted y se mete en la cama. Eso le sentará bien.

Cuando por fin llegaron a la cerca y llamaron, el cocinero quedó pálido de sorpresa al contemplar el cuadro que se ofrecía a sus ojos; pero Sol, dándole orden imperiosa de callar y atender a Warren, empuñó el revólver y, como una exhalación, se dirigió al dormitorio de Mark.



Tiró de él bruscamente...

Este, venciendo las molestias de la herida, se hallaba vestido y paseando nervioso por la estancia. Esperaba con ansia el resultado de la criminal acción de su hijo y algo misterioso le advertía que esta vez no se iba a desarrollar todo tan llanamente como la anterior.

Cuando sintió llamar a la puerta, se adelantó, preguntando:

—¿Eres tú, Link?

La puerta se abrió con violencia y Sol hizo su irrupción en la

estancia con el revólver en la mano, diciendo fríamente:

—No, señor Tadder, no es Link, sino yo. Su hijo Link se encuentra en estos momentos imposibilitado de acudir a darle cuenta del asesinato de su sobrino Warren, fraguado por ustedes, porque yo se lo he impedido a tiros.

Mark quedó pálido como un muerto al oír tales palabras, y durante un momento pareció una estatua de yeso falta de toda vida, pero de súbito, con una reacción brusca que Sol no sospechaba, saltó sobre él aferrando su mano fieramente, al tiempo que le obligaba a soltar el revólver a causa del dolor que le produjo la torcedura.

Con una fuerza impropia de su edad y más aún de su estado, pues la herida del hombro debía dolerle horriblemente, trató de ahogar a Sol, el cual pudo evitar el abrazo mortal sacudiéndose la presión con un enorme rodillazo.

Pero Mark, viéndose perdido, era peor que un tigre. Ciego de rabia, impulsado por la fuerza de la desesperación, comprendió que su salvación única dependía en deshacerse de aquel terrible forastero que había tirado por tierra todos los planes, y arrojándose sobre él, trató de agarrotarle de nuevo con sus tremantes brazos.

Sol peleó fieramente con él. Ambos se acometían con furia, empleando toda clase de recursos para vencerse y aquello no era una lucha entre hombres, sino entre irracionales. Mark golpeaba donde podía y cómo podía, y Sol le contestaba en idéntica forma, y por dos veces cayeron al suelo reciamente abrazados, mordiéndose sin piedad y arañándose con demencia.

Por fin, la juventud y el vigor de Sol inclinaron la balanza a su favor. Aprovechando un movimiento falso de su enemigo clavó sus engarfiados dedos en el cuello de éste, y con furor salvaje golpeó su cabeza sobre las tablas hasta hacerla sangrar.

Mark, por efecto de aquel terrible martilleo, fue cediendo en su resistencia, hasta quedar en el suelo sin sentido.

Cuando Sol pudo incorporarse, le dolían todos los músculos. Tenía la ropa destrozada, sangraba de los brazos de dos terribles mordiscos recibidos y su rostro acusaba en ramalazos sangrientos las uñas de su adversario. Ahora que le conocía, sabía lo peligroso que resultaba, y para evitarse una posible reacción le amarró como a un saco, dejándole abandonado en la estancia.

Warren se horrorizó al verle penetrar de aquella guisa en su estancia, y Sol le dio cuenta de la feroz lucha que había sostenido con su tío.

—Era de esperar—comentó—. Sabía que de su éxito podía depender su vida y se lo jugó todo a una carta. Lo que yo ignoraba era la terrible fortaleza que animaba su cuerpo.

—Es un toro—afirmó Warren—. Yo le he visto tumbar una res como si fuera un cordero... Se me olvidó advertírselo.

—Bien; todo ha terminado. Voy a lavarme un poco las heridas y espero que me facilite un traje más decente.

Cuando recompuso su rostro y cambió sus vestidos, parecía otro a pesar de las huellas que lucía en la cara.

—¿Y ahora, qué?—preguntó Warren.

—Ahora, de momento, nada. Es casi de noche, nieva de un modo aterrador y estoy deshecho de la jomada; pero mañana por la mañana me llevaré a los dos a Milford.

—¿Para entregárselos al *sheriff*?

—¿A quién se los voy a entregar si no?

—Hace usted bien. Que sea la Ley quien los juzgue.

Sol iba a decir algo, pero prefirió callar. Él era el más respetuoso con las leyes, pero se había lanzado al mundo para imponer la suya y no renunciaba a ello por nada ni por nadie.

Los detenidos quedaron bajo la custodia del capataz y de dos peones, quienes con el revólver al alcance de la mano guardaron la estancia toda la noche.

Al siguiente día Sol tomó a los prisioneros y cuidando de que sus ligaduras no pudieran aflojarse, los atravesó sobre sus caballos y vigilándoles estrechamente, les condujo al pueblo.

Su presencia en él despertó la sorpresa más viva. Después de los sucesos de su fuga espectacular, nadie se explicaba su osadía presentándose en Milford; pero al descubrirle camino de las oficinas del *sheriff*, con aquellos dos cuerpos maniatados y atravesados sobre las sillas de las monturas, adivinaron que algo inesperado se había producido durante aquel tiempo, y cohibidos por los sucesos tan desagradables que ellos mismos habían provocado no se atrevieron a tomar iniciativa alguna, limitándose a seguirle hasta las oficinas de Omar.

Este, con el brazo en un cabestrillo, se había levantado del lecho y se encontraba en su despacho auxiliado por uno de sus ayudantes, que se dedicaba a redactar partes y a escribir atestados, encartando a determinados individuos de la localidad por agresión al *sheriff*, asalto a la cárcel y otros desmanes.

Sol se apeó del caballo, dejó en la puerta a sus dos prisioneros y con decisión penetró en el despacho.

Omar dio un salto en su asiento al verle entrar y mirándole burlonamente, preguntó:

—¿Qué es eso forastero? ¿Se ha cansado de que le persigan y viene a entregarse por su propia voluntad?

Sol sonrió humorísticamente y replicó:

—No. He venido únicamente a interesarme por su preciosa salud

y a tranquilizarle sobre la mía. Supongo que estaría muy interesado por ella.

—Más que usted se figura. Respecto a la mía, no me encuentro mal. Me ha recomendado el médico cierto calmante que será el que me cure y voy a ver si lo encuentro.

—A lo mejor se lo puedo ofrecer yo. ¿De qué se trata?

—De poder tener entre mis manos al autor de la muerte de Cecil Roos y al valiente a quien le debo estos ratos de descanso.

—En ese caso me parece que se va a curar usted pronto. En la puerta he dejado al asesino del señor Roos y a su cómplice.

—¿Qué dice usted? — exclamó sorprendido Omar.

—Sí, y además puede acusarles de haber intentado asesinar a Warren Ross, al cual he dejado en cama con un balazo en un hombro. Llegué lo suficientemente a tiempo para evitar que corriese la misma suerte que su padre.

—¿Quiénes son?—preguntó impetuoso Omar.

—Aquí tiene su declaración escrita. He querido ahorrarle ese trabajo en atención a su estado de salud.

Omar tomó ansiosamente el papel que Sol le tendía y al leer la firma lanzó un rugido:

—¡Link Tadder!—exclamó—. ¡Maldita sea toda su ralea! ¡Él tenía que ser!

Cuando leyó el contenido de la declaración, tendió su mano al joven, diciendo:

—Le felicito, señor King. Le juro que siempre dudé de que pudiese ser usted el asesino.

—Muchas gracias por el honor.

—Cumplí con un deber de conciencia. Quizá si hubiese tenido la convicción de que fuese usted el criminal, no me hubiese jugado la vida estúpidamente defendiéndole contra toda aquella manada de energúmenos.

—Eso quiere decir que de haber tenido en sus manos a los verdaderos criminales les hubiese dejado hacer…

—¡No! ¡No!… Voluntariamente, jamás; pero ante una fuerza superior nadie me hubiese podido acusar de negligencia ni cobardía.

—Bien, en ese caso… ¿Qué piensa usted hacer con esa gentuza?

—No les voy a ceder mi estrella, como supondrá. La cárcel está inservible, pero he habilitado otro local que reúne ciertas garantías. Voy a dar orden de llevarles allí.

Sol sonrió con fiereza y contestó:

—Bien, haga lo que le parezca; esto se sale ya de mi jurisdicción; pero como estoy en entredicho con el pueblo y ahí fuera espera parte de la jauría que me ha seguido con recelo, voy a satisfacer su

curiosidad y a reivindicar mi inocencia.

Omar, asustado, se levantó diciendo:

—¿Qué pretende usted hacer?

—Simplemente darles a conocer la declaración de Link. Lo demás nada me importa.

—¡No, por Dios!—suplicó Omar— ¿No comprende que entonces...?

Sol, sin hacerle caso, tomó el papel y un clavo y saliendo fuera se dedicó a clavar la declaración de Link en la puerta, mientras Omar, adivinando lo que iba a suceder, gritó nervioso a su ayudante:

—Pronto, Jack, toma a los prisioneros y condúcelos a la nueva cárcel... ¡Pronto, o no llegaréis a tiempo! ¡Ese demonio de forastero es más afilado que un puñal y sabe lo que se hace!

Mientras Sol clavaba el escrito, el ayudante se apresuró a tomar los caballos y correr con ellos y los prisioneros para ponerlos a salvo de la ira popular, cosa que consiguió en parte, mientras los habitantes del poblado, apretujándose unos contra otros, leían la declaración de Link. Cuando se enteraron del texto, un rugido de ira se escapó de sus pechos y lo mismo que días anteriores un grito unánime se escapó de sus gargantas:

—¡A lincharlos!... ¡A lincharlos!

Como una manada de lobos, corrieron tras el ayudante del *sheriff* que huía con su presa camino de la cárcel, alcanzándole antes de poder refugiarse en ella.

Sol, impávido, se había quedado a la puerta de la oficina contemplando la reacción de las masas, sin sentir el menor remordimiento por su deliberada acción, y cuando Omar, con el revólver empuñado pretendía lanzarse en pos del pueblo para evitar la tragedia, se encaró con Sol, gritando:

—¿Qué ha hecho usted? ¿Es que carece de todo sentimiento humano?

—No; pero pago con la moneda que a mí me pagaron siendo inocente. Sin mi arrojo y decisión yo estaría calcinado con los huesos al viento, y hoy Warren Ross sería una víctima más de ese par de chacales indignos de respirar un minuto más... Creo que siguiendo el dictado de su conciencia no debe usted exponer de nuevo su vida por salvar la de esos dos reptiles.

Omar quedó vacilante sin saber qué decisión tomar; pero comprendiendo que esta vez sería inútil su sacrificio, enfundó el revólver, diciendo con ira reconcentrada:

—¡Usted gana, forastero! Es usted el hombre más refinado del mundo y por todo el oro de California no quisiera tenerle como enemigo. ¡Que Dios perdone a esos dos desgraciados, como yo les

perdono!

De lejos llegaba el bramido de las masas enfebrecidas celebrando su triunfo. Ambos criminales, capturados por el pueblo, eran como dos pingajos humanos arrastrados por las calles, con unas largas cuerdas anudadas al cuello sin que nadie se atreviese a intervenir para nada en su favor.

Sol, impávido, preguntó:

—¿Conserva usted mi caballo y mis armas?

—En el cobertizo las tiene usted a su disposición. Ya no hay motivo alguno para retenerlas.

Sol fue a la cuadra donde «Stard», al reconocerle, relinchó con profunda alegría. El joven le acarició, conmovido, y tras revisar sus armas y observar que se hallaban intactas, montó a caballo y salió a la calle.

Omar en la puerta le contemplaba fríamente y el joven, tendiéndole la mano, exclamó:

—¡Adiós, *sheriff*! Me voy con un grato recuerdo de Usted. Ha sido un hombre íntegro y frío, que no se dejó sugestionar por las apariencias. Salude a Warren, a quien también agradezco el margen de confianza que me otorgó y si algún día se ve usted en algún apuro gordo, llámeme. Ponga pasquines por los árboles reclamando la presencia de «El Vengador» y siempre me tendrá a su lado y al de la justicia.

Y sin decir más, puso el caballo al trote y desapareció entre la nieve que cubría el camino…

FIN

Artes Gráficas Grijelmo, S. A. - Bilbao